

Domingo de Ramos (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL** (www.laverdadcatolica.org)
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN ISIDORO DE SEVILLA** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Homilías del Domingo de Ramos 2013 y 2014**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamessa.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - **Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II**
 - **Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva**
 - **Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica**
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Fidel CATALAN i Catalan (Terrassa, Barcelona, España)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL (www.laverdadcatolica.org)

EL SEÑOR ME AYUDA

Is 50,4-7; Flp 2,6-11; Mc 14,1-15,42

El profeta Isaías vivió en el exilio y sintió la desolación de haber perdido la tierra y la certidumbre social que les daba el templo y el monarca. Sus contemporáneos vivían encandilados por el esplendor de Babilonia. El profeta se mantenía firme en la esperanza del regreso y eso le valía desprecios y adversidad. El exilio había sido además una escuela de esperanza incluyente, Israel no podría vivir enconchado en sus propios problemas. La misión del profeta incluiría alentar a las naciones extranjeras a vivir conforme al derecho y la justicia. El profeta se convirtió en un creyente resiliente, fortificado por la presencia discreta del Señor que lo alentaba a continuar adelante, cumpliendo su misión. De esa esperanza se alimentó el Señor Jesús para mantenerse anunciando fielmente la llegada de la generosa compasión divina, que gustaba de proclamar con una frase cargada de dinamismo: el reino de Dios, que era una opción superior al reino del César, estaba llegando.

ENDURECÍ EL ROSTRO COMO PEDERNAL

Traiciones, delaciones, amigos que se acobardan y reniegan del maestro que les invitó, a permanecer a su lado... Jesús se va sintiendo cada vez más sólo y más distante del grupo de sus discípulos. La angustia de la muerte próxima lo debilita. No dispone, humanamente hablando, de más compañía y apoyo que la del pequeño grupo de mujeres que permanecen próximas al sitio donde lo crucifican. La brutalidad y las golpizas que le propinan los soldados romanos no quebrantan su perseverante

fidelidad. A sabiendas de que no quedaría defraudado, venció el pánico de la muerte y aguardó esperanzadamente la irrupción del Señorío de Dios en la hora sombría de su muerte.

En este día la Iglesia recuerda la entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalén para consumir su misterio pascual. Por lo tanto, en todas las misas se conmemora esta entrada del Señor por medio de una procesión (I) o de una entrada solemne (II), antes de la misa principal., por medio de una entrada sencilla (III), antes de las demás misas. Pero puede repetirse la entrada solemne (no la procesión) antes de algunas otras misas que se celebren con gran asistencia del pueblo.

Conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén

I. Primera forma: Procesión

A la hora señalada, los fieles se reúnen en una iglesia menor o en algún otro lugar adecuado, fuera del templo hacia el cual va a dirigirse la procesión. Los fieles llevan ramos en la mano.

El sacerdote y los ministros, revestidos con los ornamentos rojos requeridos para la misa, se acercan al lugar donde el pueblo está congregado.

El sacerdote, en lugar de casulla, puede usar la capa pluvial, que dejará después de la procesión.

Entretanto se canta la antífona siguiente u otro cántico adecuado:

ANTÍFONA (Mt 21, 9)

Hosanna al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor, el Rey de Israel. Hosanna en el cielo.

En seguida el sacerdote saluda al pueblo de la manera acostumbrada y hace una breve exhortación para invitar a los fieles a participar activa y conscientemente en la celebración de este día. Puede hacerlo con estas o semejantes palabras:

Queridos hermanos: Después de habernos preparado desde el principio de la Cuaresma con nuestra penitencia y nuestras obras de caridad, hoy nos reunimos para iniciar, unidos con toda la Iglesia, la celebración anual de los misterios de la pasión y la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, misterios que empezaron con la entrada de Jesús en Jerusalén. Acompañemos con fe y devoción a nuestro Salvador en su entrada triunfal a la ciudad santa, para que, participando ahora de su cruz, podamos participar un día de su gloriosa resurrección y de su vida.

Después de esta exhortación, el sacerdote, teniendo juntas las manos, dice una de las dos oraciones siguientes:

Oremos: Dios todopoderoso y eterno, dignate bendecir estos ramos y concede a cuantos acompañamos ahora jubilosos a Cristo, nuestro rey y Señor, reunirnos con Él en la Jerusalén del cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R/. Amén.

O bien:

Oremos: Aumenta, Señor, la fe de los que tenemos en ti nuestra esperanza y concede a quienes agitamos estas palmas en honor de Cristo victorioso, permanecer unidos a Él para dar frutos de buenas obras. Por Jesucristo, nuestro Señor. **R/.** Amén.

Y en silencio rocía los ramos con agua bendita.

En seguida se dice el Evangelio de la entrada del Señor en Jerusalén, según san Marcos o san Juan. Lo lee el diácono o, en su defecto el sacerdote de la manera acostumbrada.

EVANGELIO

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

+ Del santo Evangelio según san Marcos: 11, 1-10

Cuando Jesús y los suyos iban de camino a Jerusalén, al llegar a Betfagé y Betania, cerca del monte de los Olivos, les dijo a dos de sus discípulos: “Vayan al pueblo que ven allí enfrente; al entrar, encontrarán amarrado un burro que nadie ha montado todavía. Desátenlo y tráiganmelo. Si alguien les pregunta por qué lo hacen, contéstenle: ‘El Señor lo necesita y lo devolverá pronto’ “.

Fueron y encontraron al burro en la calle, atado junto a una puerta, y lo desamarraron. Algunos de los que allí estaban les preguntaron: “¿Por qué sueltan al burro?”. Ellos les contestaron lo que había dicho Jesús y ya nadie los molestó. Llevaron el burro, le echaron encima los mantos y Jesús montó en él. Muchos extendían su manto en el camino, y otros lo tapizaban con ramas cortadas en el campo. Los que iban delante de Jesús y los que lo seguían, iban gritando vivas: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que llega, el reino de nuestro padre David! ¡Hosanna en el cielo!”. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

O bien:

+ Del santo Evangelio según san Juan: 12, 12-16

En aquel tiempo, al enterarse la gran muchedumbre que había llegado para la fiesta de que Jesús se dirigía a Jerusalén, cortaron hojas de palmera y salieron a su encuentro, gritando: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel!”.

Habiendo encontrado Jesús un burrito, lo montó, como está escrito: No tengas temor, hija de Sión, mira y que tu rey viene a ti montado en un burrito.

Sus discípulos no entendieron estas cosas al principio, pero cuando Jesús fue glorificado, se acordaron de que habían sido escritas acerca de Él y que ellos las habían cumplido. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

Después del Evangelio, si se cree oportuno, puede tenerse una breve homilía. Al iniciar la procesión, el celebrante u otro ministro idóneo pueden hacer una exhortación con estas palabras u otras parecidas:

Queridos hermanos: Imitando a la multitud que aclamaba al Señor, avancemos en paz.

Y se inicia la procesión hacia el templo donde va a celebrarse la misa. Si se usa el incienso, el turiferario va adelante con el incensario, en el cual habrá puesto incienso previamente; en seguida, un ministro con la cruz adornada y, a su lado, dos acólitos con velas encendidas. Sigue luego el sacerdote con los ministros y, detrás de ellos, los fieles con ramos en las manos. Al avanzar la procesión, el coro y el pueblo entonan los cánticos siguientes u otros apropiados.

ANTÍFONA I

Los niños hebreos, llevando ramos de olivo, salieron al encuentro del Señor aclamando: “Hosanna en el cielo”.

Si se cree conveniente, puede alternarse esta antífona con los versículos del salmo 23.

SALMO 23

Del Señor es la tierra y lo que ella tiene, el orbe todo y los que en él habitan, pues Él lo edificó sobre los mares, Él fue quien lo asentó sobre los ríos.

¿Quién subirá hasta el monte del Señor? ¿Quién podrá entrar en su recinto santo? El de corazón limpio y manos puras y que no jura en falso.

Ése obtendrá la bendición de Dios, y Dios, su salvador, le hará justicia. Ésta es la clase de hombres que te buscan y vienen ante ti, Dios de Jacob.

¡Puertas, ábranse de par en par; agrándense, portones eternos, porque va a entrar el Rey de la gloria!

Y ¿quién es el Rey de la gloria? Es el Señor, fuerte y poderoso, el Señor, poderoso en la batalla.

¡Puertas, ábranse de par en par; agrándense, portones eternos, porque va a entrar el Rey de la gloria!

Y ¿quién es el Rey de la gloria? El Señor, Dios de los ejércitos, es el Rey de la gloria.

ANTÍFONA II

Los niños hebreos extendían sus mantos por el camino y clamaban: “Hosanna al Hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor”.

Si se cree conveniente, puede alternarse esta antífona con los versículos del salmo 46.

SALMO 46

Aplaudan, pueblos todos; aclamen al Señor, de gozo llenos; que el Señor, el Altísimo, es terrible y de toda la tierra, rey supremo.

Fue Él quien nos puso por encima de todas las naciones y los pueblos, al elegirnos como herencia suya, orgullo de Jacob, su predilecto.

Entre voces de júbilo y trompetas, Dios, el Señor, asciende hasta su trono. Cantemos en honor de nuestro Dios, al rey honremos y cantemos todos.

Porque Dios es el rey del universo, cantemos el mejor de nuestros cantos. Reina Dios sobre todas las naciones desde su trono santo.

Los jefes de los pueblos se han reunido con el pueblo de Dios, Dios de Abraham, porque de Dios son los grandes de la tierra. Por encima de todo Dios está.

HIMNO A CRISTO REY

¡Que viva mi Cristo,
que viva mi Rey,
que impere doquiera
triunfante su ley! (2)
¡Viva Cristo Rey,
viva Cristo Rey!

1. Mexicanos, un Padre tenemos
que nos dio de la patria la unión,
a ese Padre gozosos cantemos
empuñando con fe su pendón.

2. Demos gracias al Padre que ha hecho
que tengamos de herencia la luz
y podamos vivir en el reino

que su Hijo nos dio por la cruz.

3. Dios le dio el poder, la victoria;
pueblos todos, venid y alabad
a este Rey de los cielos y tierra
en quien sólo tenemos la paz.

4. Rey eterno, Rey universal,
en quien todo ya se restauró,
te rogamos que todos los pueblos
sean unidos en un solo amor.

Al entrar la procesión en la iglesia, se canta el responsorio siguiente u otro cántico alusivo a la entrada del Señor en Jerusalén:

RESPONSORIO

R/. Al entrar el Señor en la ciudad santa, los niños hebreos, anunciando con anticipación la resurrección del Señor de la vida, con palmas en las manos, clamaban: Hosanna en el cielo.

V/. Al enterarse de que Jesús llegaba a Jerusalén, el pueblo salió a su encuentro.

R/. Con palmas en las manos, aclamaban: Hosanna en el cielo.

El sacerdote, al llegar al altar, hace la debida reverencia y, si lo juzga oportuno, lo inciensa. Luego se dirige a la sede (se quita la capa pluvial, si la usó, y se pone la casulla) y, omitida toda otra ceremonia, da fin a la procesión diciendo la oración colecta y prosigue la misa de la manera acostumbrada.

Segunda forma: Entrada solemne

Donde no se pueda hacer la procesión fuera de la iglesia, la entrada del Señor se celebra dentro del templo por medio de una entrada solemne, antes de la misa principal.

Los fieles se reúnen ante la puerta del templo, o bien, dentro del mismo templo, llevando los ramos en la mano. El sacerdote, los ministros y algunos de los fieles, van a algún sitio adecuado del templo, fuera del presbiterio, en donde pueda ser vista fácilmente la ceremonia, al menos por la mayor parte de la asamblea.

Mientras el sacerdote se dirige al sitio indicado, se canta la antifona “Hosanna al Hijo de David” o algún otro cántico adecuado. Después se bendicen los ramos y se lee el Evangelio de la entrada del Señor en Jerusalén, como se indicó anteriormente. Después del Evangelio, el sacerdote va solemnemente hacia el presbiterio a través del templo, acompañado por los ministros y por algunos fieles, mientras se canta el responsorio “Al entrar el Señor”, u otro cántico apropiado.

Al llegar al altar, el sacerdote hace la debida reverencia. En seguida va a la sede y, omitida toda otra ceremonia, dice la colecta de la misa, que prosigue luego de la manera acostumbrada.

III. Tercera forma: Entrada sencilla

En todas las demás misas de este domingo, en las que no se hace la entrada solemne, se recuerda la entrada del Señor en Jerusalén por medio de una entrada sencilla.

Mientras el sacerdote se dirige al altar, se canta la antifona de entrada con su salmo u otro cántico sobre el mismo tema. El sacerdote, al llegar al altar, hace la debida reverencia, va a la sede y saluda al pueblo. Luego sigue la misa de la manera acostumbrada.

En las misas sin pueblo y en las misas en que no es posible cantar la antífona de entrada, el sacerdote, después de llegar al altar y de haber hecho la debida reverencia, saluda al pueblo, lee la antífona de entrada y prosigue la misa de la manera acostumbrada.

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 23, 9-10)

Seis días antes de la Pascua, cuando el Señor entró en la ciudad de Jerusalén, salieron los niños a su encuentro y llevando en sus manos ramos de palmera aclamaban con fuerte voz: Hosanna en el cielo. Bendito tú, que vienes lleno de bondad y de misericordia.

Puertas, ábranse de par en par; agrándense, portones eternos, porque va a entrar el Rey de la gloria. Y ¿quién es ese Rey de la gloria? El Señor de los ejércitos es el Rey de la gloria. Hosanna en el cielo. Bendito tú, que vienes lleno de bondad y de misericordia.

Cuando no se puede hacer ni la procesión, ni la entrada solemne, es conveniente hacer una celebración de la palabra de Dios, acerca de la entrada mesiánica y de la Pasión del Señor, ya sea el sábado en la tarde, o bien, el domingo, a la hora más oportuna.

LA MISA

Después de la procesión o de la entrada solemne, el sacerdote comienza la misa con la oración colecta.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que quisiste que nuestro Salvador se hiciera hombre y padeciera en la cruz para dar al género humano ejemplo de humildad, concédenos, benigno, seguir las enseñanzas de su pasión y que merezcamos participar de su gloriosa resurrección. Él, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

La Misa de hoy tiene tres lecturas, y es muy recomendable leerlas todas, a no ser que una razón pastoral aconseje lo contrario.

Dada la importancia de la Pasión del Señor, el sacerdote, en las Misas con pueblo, y de acuerdo con las características de los fieles de cada asamblea, puede omitir una de las dos primeras lecturas, o ambas, y leer sólo la Pasión del Señor, aun en su forma breve.

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

No aparté mi rostro de los insultos, y sé que no quedaré avergonzado.

Del libro del profeta Isaías: 50, 4-7

En aquel entonces dijo Isaías: “El Señor me ha dado una lengua experta, para que pueda confortar al abatido con palabras de aliento. Mañana tras mañana, el Señor despierta mi oído, para que escuche yo, como discípulo. El Señor Dios me ha hecho oír sus palabras y yo no he opuesto resistencia ni me he echado para atrás.

Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, la mejilla a los que me tiraban de la barba. No aparté mi rostro de los insultos y salivazos.

Pero el Señor me ayuda, por eso no quedaré confundido, por eso endurecí mi rostro como roca y sé que no quedaré avergonzado”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 21

R/. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Todos los que me ven, de mí se burlan; me hacen gestos y dicen: “Confiaba en el Señor, pues que Él lo salve; si de veras lo ama, que lo libre”. **R/.**

Los malvados me cercan por doquiera como rabiosos perros. Mis manos y mis pies han taladrado y se pueden contar todos mis huesos. **R/.**

Reparten entre sí mis vestiduras y se juegan mi túnica a los dados. Señor, auxilio mío, ven y ayúdame, no te quedes de mí tan alejado. **R/.**

A mis hermanos contaré tu gloria y en la asamblea alabaré tu nombre. Que alaben al Señor los que lo temen. Que el pueblo de Israel siempre lo adore. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Cristo se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó.

De la carta del apóstol san Pablo a los filipenses: 2, 6-11

Cristo, siendo Dios, no consideró que debía aferrarse a las prerrogativas de su condición divina, sino que, por el contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de siervo, y se hizo semejante a los hombres. Así, hecho uno de ellos, se humilló a sí mismo y por obediencia aceptó incluso la muerte, y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que, al nombre de Jesús todos doblen la rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y todos reconozcan públicamente que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

ACLAMACIÓN (Flp 2, 8-9) R/. Honor y gloria a ti, Señor Jesús.

Cristo se humilló por nosotros y por obediencia aceptó incluso la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todas las cosas y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre. **R/.**

No se llevan velas ni incienso para la lectura de la Pasión del Señor, ni se hace al principio el saludo, ni se signa el libro. La lectura la hacen un diácono o, en su defecto, el sacerdote. Puede también ser hecha por lectores, reservando al sacerdote, si es posible, la parte correspondiente a Cristo.

Solamente los diáconos piden la bendición del celebrante antes del canto de la Pasión, como se hace antes del Evangelio.

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN SAN MARCOS

14, 1-15, 47

Andaban buscando apresar a Jesús a traición y darle muerte

Faltaban dos días para la fiesta de Pascua y de los panes ázimos. Los sumos sacerdotes y los escribas andaban buscando una manera de apresar a Jesús a traición y darle muerte, pero decían: “No durante las fiestas, porque el pueblo podría amotinarse”.

Se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura

Estando Jesús sentado a la mesa, en casa de Simón el leproso, en Betania, llegó una mujer con un frasco de perfume muy caro, de nardo puro; quebró el frasco y derramó el perfume en la cabeza de Jesús. Algunos comentaron indignados: “¿A qué viene este derroche de perfume? Podía haberse vendido por más de trescientos denarios para dárselos a los pobres”. Y criticaban a la mujer; pero Jesús replicó: “Déjenla. ¿Por qué la molestan? Lo que ha hecho conmigo está bien, porque a los pobres los tienen siempre con ustedes y pueden socorrerlos cuando quieran; pero a mí no me tendrán siempre. Ella ha hecho lo que podía. Se ha adelantado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Yo les aseguro que en cualquier parte del mundo donde se predique el Evangelio, se recordará también en su honor lo que ella ha hecho conmigo”.

Le prometieron dinero a Judas Iscariote

Judas Iscariote, uno de los Doce, se presentó a los sumos sacerdotes para entregarles a Jesús. Al oírlo, se alegraron y le prometieron dinero; y él andaba buscando una buena ocasión para entregarlo.

¿Dónde está la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?

El primer día de la fiesta de los panes ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le preguntaron a Jesús sus discípulos: “¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?”. Él les dijo a dos de ellos: “Vayan a la ciudad. Encontrarán a un hombre que lleva un cántaro de agua; síganlo y díganle al dueño de la casa en donde entre: 'El Maestro manda preguntar: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?'. Él les enseñará una sala en el segundo piso, arreglada con divanes. Prepárennos allí la cena”. Los discípulos se fueron, llegaron a la ciudad, encontraron lo que Jesús les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Uno de ustedes, que está comiendo conmigo, me va a entregar

Al atardecer, llegó Jesús con los Doce. Estando a la mesa, cenando, les dijo: “Yo les aseguro que uno de ustedes, uno que está comiendo conmigo, me va a entregar”. Ellos, consternados, empezaron a preguntarle uno tras otro: “¿Soy yo?”. Él respondió: “Uno de los Doce; alguien que moja su pan en el mismo plato que yo. El Hijo del hombre va a morir, como está escrito: pero, ¡ay del que va a entregar al Hijo del hombre! ¡Más le valiera no haber nacido!”.

Esto es mi cuerpo. Ésta es mi sangre, sangre de la nueva alianza

Mientras cenaban, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo: “Tomen: esto es mi cuerpo”. Y tomando en sus manos una copa de vino, pronunció la acción de gracias, se la dio, todos bebieron y les dijo: “Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, que se derrama por todos. Yo les aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día en que beba el vino nuevo en el Reino de Dios”.

Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres

Después de cantar el himno, salieron hacia el monte de los Olivos y Jesús les dijo: “Todos ustedes se van a escandalizar por mi causa; como está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas; pero cuando resucite iré por delante de ustedes a Galilea”. Pedro replicó: “Aunque todos se escandalicen, yo no”. Jesús le contestó: “Yo te aseguro que hoy, esta misma noche, antes de que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres”. Pero él insistía: “Aunque tenga que morir contigo, no te negaré”. Y los demás decían lo mismo.

Empezó a sentir terror y angustia

Fueron luego a un huerto, llamado Getsemaní, y Jesús dijo a sus discípulos: “Siéntense aquí mientras hago oración”. Se llevó a Pedro, a Santiago y a Juan; empezó a sentir terror y angustia, y les dijo:

“Tengo el alma llena de una tristeza mortal. Quédense aquí, velando”. Se adelantó un poco, se postró en tierra y pedía que, si era posible, se alejara de Él aquella hora. Decía: “Padre, tú lo puedes todo: aparta de mí este cáliz. Pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú quieres”.

Volvió a donde estaban los discípulos, y al encontrarlos dormidos, dijo a Pedro: “Simón, ¿estás dormido? ¿No has podido velar ni una hora? Velen y oren, para que no caigan en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es débil”. De nuevo se retiró y se puso a orar, repitiendo las mismas palabras. Volvió y otra vez los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados de sueño; por eso no sabían qué contestarle. Él les dijo: “Ya pueden dormir y descansar. ¡Basta! Ha llegado la hora. Miren que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya está cerca el traidor”.

Deténganlo y llévenlo bien sujeto

Todavía estaba hablando, cuando se presentó Judas, uno de los Doce, y con él, gente con espadas y palos, enviada por los sacerdotes, los escribas y los ancianos. El traidor les había dado una contraseña, diciéndoles: “Al que yo bese, ése es. Deténganlo y llévenselo bien sujeto”. Llegó, se acercó y le dijo: “Maestro”, y lo besó. Ellos le echaron mano y lo apresaron. Pero uno de los presentes desenvainó la espada y de un golpe le cortó la oreja a un criado del sumo sacerdote. Jesús tomó la palabra y les dijo: “¿Salieron ustedes a apresarme con espadas y palos, como si se tratara de un bandido? Todos los días he estado entre ustedes, enseñando en el templo y no me han apresado. Pero así tenía que ser para que se cumplieran las Escrituras”. Todos lo abandonaron y huyeron. Lo iba siguiendo un muchacho, envuelto nada más con una sábana y lo detuvieron; pero él soltó la sábana y se les escapó desnudo.

¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?

Condujeron a Jesús a casa del sumo sacerdote y se reunieron todos los pontífices, los escribas y los ancianos. Pedro lo fue siguiendo de lejos, hasta el interior del patio del sumo sacerdote y se sentó con los criados, cerca de la lumbre, para calentarse.

Los sumos sacerdotes y el sanedrín en pleno buscaban una acusación contra Jesús para condenarlo a muerte y no la encontraban. Pues, aunque muchos presentaban falsas acusaciones contra Él, los testimonios no concordaban. Hubo unos que se pusieron de pie y dijeron: “Nosotros lo hemos oído decir: 'Yo destruiré este templo, edificado por hombres, y en tres días construiré otro, no edificado por hombres' “. Pero ni aun en esto concordaba su testimonio. Entonces el sumo sacerdote se puso de pie y le preguntó a Jesús: “¿No tienes nada que responder a todas esas acusaciones?”. Pero Él no le respondió nada. El sumo sacerdote le volvió a preguntar: “¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito?”. Jesús contestó: “Sí lo soy. Y un día verán cómo el Hijo del hombre está sentado a la derecha del Todopoderoso y cómo viene entre las nubes del cielo”. El sumo sacerdote se rasgó las vestiduras exclamando: “¿Qué falta hacen ya más testigos? Ustedes mismos han oído la blasfemia. ¿Qué les parece?”. Y todos lo declararon reo de muerte. Algunos se pusieron a escupirle, y tapándole la cara lo abofeteaban y le decían: “Adivina quién fue”, y los criados también le daban de bofetadas.

No conozco a ese hombre del que ustedes hablan

Mientras tanto, Pedro estaba abajo, en el patio. Llegó una criada del sumo sacerdote, y al ver a Pedro calentándose, lo miró fijamente y le dijo: “Tú también andabas con Jesús Nazareno”. El lo negó, diciendo: “Ni se ni entiendo lo que quieres decir”. Salió afuera hacia el zaguán, y un gallo cantó. La criada, al verlo, se puso de nuevo a decir a los presentes: “Ése es uno de ellos”. Pero él lo volvió a negar. Al poco rato, también los presentes dijeron a Pedro: “Claro que eres uno de ellos, pues eres Galileo”. Pero él se puso a echar maldiciones y a jurar: “No conozco a ese hombre del que hablan”.

En seguida, cantó el gallo por segunda vez. Pedro se acordó entonces de las palabras que le había dicho Jesús: 'Antes de que el gallo cante dos veces, tú me habrás negado tres', y rompió a llorar.

¿Quieren que les suelte al rey de los judíos?

Luego que amaneció, se reunieron los sumos sacerdotes con los ancianos, los escribas y el sanedrín en pleno para deliberar. Ataron a Jesús, se lo llevaron y lo entregaron a Pilato. Éste le preguntó: “¿Eres tú el rey de y los judíos?”. Él respondió: “Sí lo soy”. Los sumos sacerdotes lo acusaban de muchas cosas. Pilato le preguntó de nuevo: “¿No contestas nada? Mira de cuántas cosas te acusan”. Jesús ya no le contestó nada, de modo que Pilato estaba muy extrañado.

Durante la fiesta de Pascua, Pilato solía soltarles al preso que ellos pidieran. Estaba entonces en la cárcel un tal Barrabás, con los revoltosos que habían cometido un homicidio en un motín. Vino la gente y empezó a pedir el indulto de costumbre. Pilato les dijo: “¿Quieren que les suelte al rey de los judíos?”. Porque sabía que los sumos sacerdotes se lo habían entregado por envidia. Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás. Pilato les volvió a preguntar: “¿Y qué voy a hacer con el que llaman rey de los judíos?”. Ellos gritaron: “¡Crucifícalo!”. Pilato les dijo: “Pues ¿qué mal ha hecho?”. Ellos gritaron más fuerte:

“¡Crucifícalo!”. Pilato, queriendo dar gusto a la multitud les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de mandarlo azotar, lo entregó para que lo crucificaran.

Le pusieron una corona de espinas

Los soldados se lo llevaron al interior del palacio, al pretorio, y reunieron a todo el batallón. Lo vistieron con un manto de color púrpura, le pusieron una corona de espinas que habían trenzado, y comenzaron a burlarse de Él, dirigiéndole este saludo: “¡Viva el rey de los judíos!”. Le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y, doblando las rodillas, se postraban ante Él. Terminadas las burlas, le quitaron aquel manto de color púrpura, le pusieron su ropa y lo sacaron para crucificarlo.

Llevaron a Jesús al Gólgota

Entonces forzaron a cargar la cruz a un individuo que pasaba por ahí de regreso del campo, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, y llevaron a Jesús al Gólgota (que quiere decir “lugar de la Calavera”). Le ofrecieron vino con mirra, pero Él no lo aceptó. Lo crucificaron y se repartieron sus ropas, echando suertes para ver qué le tocaba a cada uno.

Fue contado entre los malhechores

Era media mañana cuando lo crucificaron. En el letrero de la acusación estaba escrito: “El rey de los judíos”. Crucificaron con Él a dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: Fue contado entre los malhechores.

Ha salvado a otros y a sí mismo no se puede salvar

Los que pasaban por ahí, lo injuriaban meneando la cabeza y gritándole: “¡Anda! Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti mismo y baja de la cruz”. Los sumos sacerdotes se burlaban también de Él y le decían: “Ha salvado a otros, pero a sí mismo no se puede salvar. Que el Mesías, el rey de Israel, baje ahora de la cruz, para que lo veamos y creamos”. Hasta los que estaban crucificados con Él también lo insultaban.

Y dando un fuerte grito, Jesús expiró

Al llegar el mediodía, toda aquella tierra se quedó en tinieblas hasta las tres de la tarde. Y a las tres, Jesús gritó con voz potente: “Eloi, Eloi, ¿lema sabactani?” (que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?). Algunos de los presentes, al oírlo, decían: “Miren, está llamando a Elías”. Uno corrió a empapar una esponja en vinagre, la sujetó a un carrizo y se la acercó para que bebiera, diciendo: “Vamos a ver si viene Elías a bajarlo”. Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

Aquí todos se arrodillan y guardan silencio por unos instantes.

Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba a abajo. El oficial romano que estaba frente a Jesús, al ver cómo había expirado, dijo: “De veras este hombre era Hijo de Dios”.

Había también ahí unas mujeres que estaban mirando todo desde lejos; entre ellas, María Magdalena, María (la madre de Santiago el menor y de José) y Salomé, que cuando Jesús estaba en Galilea, lo seguían para atenderlo; y además de ellas, otras muchas que habían venido con Él a Jerusalén.

José tapó con una piedra la entrada del sepulcro

Al anochecer, como era el día de la preparación, víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro distinguido del sanedrín, que también esperaba el Reino de Dios. Se presentó con valor ante Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato se extrañó de que ya hubiera muerto, y llamando al oficial, le preguntó si hacía mucho tiempo que había muerto. Informado por el oficial, concedió el cadáver a José. Este compró una sábana, bajó el cadáver, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro excavado en una roca y tapó con una piedra la entrada del sepulcro. María Magdalena y María, la madre de José, se fijaron en dónde lo ponían.

Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.

Después de la lectura de la Pasión, puede tenerse, si se cree oportuno, una breve homilía,

Credo

PLEGARIA UNIVERSAL

Oremos ahora con fe y confianza, y pidamos que la vida nueva que nace de la cruz de Cristo llegue al mundo entero.

Después de cada petición diremos (cantando): Señor, ten piedad (o bien: Kyrie, eléison).

- 1.** Por la Iglesia, por todos los cristianos. Que aprendamos a vivir con espíritu de amor y de entrega, como Jesús. Oremos.
- 2.** Por los que no conocen a Jesús. Que puedan llegar a sentir el gozo y la vida de Él nos da. Oremos.
- 3.** Por todos los que sufren. Que, identificados con la cruz de Jesús, puedan también gozar de la alegría de la resurrección. Oremos.
- 4.** Por todos nosotros, reunidos en este domingo de Ramos. Que la semana Santa que iniciamos nos haga crecer en la fe, la esperanza y el amor. Oremos.
- 5.** Por los que están de vacaciones en estos días santos. Que en su descanso se unan a la celebración de toda la Iglesia y alaben al Señor. Oremos

Escucha, Señor la oración confiada que te dirigimos. Tú, que vives y reinas por lo siglos de los siglos.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que la pasión de tu Unigénito, Señor, nos atraiga tu perdón, y aunque no lo merecemos por nuestras obras, por la mediación de este sacrificio único, lo recibamos de tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

El cual siendo inocente, se dignó padecer por los pecadores y fue injustamente condenado por salvar a los culpables; con su muerte borró nuestros delitos y, resucitando conquistó nuestra justificación.

Por eso, te alabamos con todos los ángeles y te aclamamos con voces de Júbilo diciendo:

Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de su gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.

ANTIFONIA DE LA COMUNIÓN (Mt 26, 42)

Padre mío, si no es posible evitar que yo beba este cáliz, hágase tu voluntad.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Tú que nos has alimentado con esta Eucaristía, y por medio de la muerte de tu hijo nos das la esperanza de alcanzar lo que la fe nos promete, concédenos, Señor, llegar, por medio de su resurrección, a la meta de nuestras esperanzas Por Jesucristo, nuestro Señor.

ORACIÓN SOBRE EL PUEBLO

Dios y Padre nuestro, mira con bondad a esta familia tuya por la cual nuestro Señor Jesucristo no dudó en entregarse a sus verdugos y padecer el tormento de la cruz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.- El último viaje que el Señor Jesús emprendió a la ciudad de David no fue uno entre tantos otros. El Profeta de Nazaret subiría justamente a la ciudad para cumplir una serie de gestos proféticos calculados y bien planeados. Iba a asumir su señorío sobre aquella ciudad. Lanzaría ahí un gesto y un grito decisivo. En aquella ciudad y en aquel templo habían violentado el tenor de la alianza. En torno del templo se habían tejido una red de intereses perversos que no tenían justificación alguna. Los dirigentes de Israel disponían de beneficios y privilegios que eran insostenibles. Lo peor de todo es que pretendían obrar de manera correcta. Esa descomposición era la que pretendía derribar Jesús con el gesto profético de las mesas derribadas en el atrio de Jerusalén. Buena falta nos hace mirarnos en este rey manso y humilde que ingresa a Jerusalén, para revisar el fondo último de nuestros intereses y motivaciones profundas.

Con el paso del tiempo el mensaje de Jesús fue sufriendo un proceso de desgaste y deformación, que lo redujo a una cierta moral pequeño burguesa, que estaba asociada a las prohibiciones y a cierta espiritualidad individualista y separada de los compromisos sociopolíticos. El mensaje original de Jesús era un verdadero proyecto integral que ofrecía un cambio profundo del interior del ser humano, activado por la fuerza del Espíritu. Dicho proyecto implicaba una reordenación profunda de las relaciones sociales y familiares, marcadas por el dominio autoritario de los adultos mayores. Caifás logró captar el alcance de su propuesta y se decidió a quitarlo de en medio, como siguen hoy eliminando a los profetas incómodos que cuestionan los arreglos que los gobernantes corruptos siguen tramando con delincuentes y empresarios. Periodistas, líderes sociales y religiosos padecen represión bajo diferentes modalidades. El mensaje del Reino sigue adelante.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

Entrada del Mesías en Jerusalén (Mc 11,1-10)

Procesión

Los seis capítulos finales del *Evangelio de Marcos* relatan la actividad de Jesús durante los últimos días de su vida terrena en Jerusalén. La estructura de estos capítulos es la de la Semana Santa. Por eso, la liturgia de la Iglesia revive puntualmente estos acontecimientos, desde el Domingo de Ramos hasta el gran día de la Pascua de Resurrección: «La Pascua no es simplemente una fiesta entre otras: es la “Fiesta de las fiestas”, “Solemnidad de las solemnidades”, como la Eucaristía es el Sacramento de los sacramentos (el gran sacramento). S. Atanasio la llama “el gran domingo” (*Ep. fest.* 329), así como la Semana Santa es llamada en Oriente “la gran semana”. El Misterio de la Resurrección, en el cual Cristo ha aplastado a la muerte, penetra en nuestro viejo tiempo con su poderosa energía, hasta que todo le esté sometido» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1169).

Con la entrada en Jerusalén, Jesús se manifiesta como el Mesías prometido (cfr Za 9,9). Pero, además, con sus gestos, deja intuir la grandeza de su ser. En efecto, las multitudes, como antes Bartimeo (10,47-48), le tienen como el Mesías descendiente de David. Jesús anticipa ahora una corrección a ese título que después hará explícita (12,35-37), llamándose a sí mismo «Señor» (v. 3) y mostrando su efectivo señorío sobre las criaturas. Sin embargo, es un señorío que no se impone por la fuerza sino que respeta la libertad del hombre: «Desde el comienzo de la historia cristiana, la afirmación del señorío de Jesús sobre el mundo y sobre la historia significa también reconocer que el hombre no debe someter su libertad personal, de modo absoluto, a ningún poder terrenal sino sólo a Dios Padre y al Señor Jesucristo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 450).

El valor del sufrimiento (Is 50,4-7)

1ª lectura

Después de que el segundo canto del siervo haya glosado la misión del siervo (cfr Is 49,6), ahora el tercero reclama la atención para la propia persona del siervo. El poema está bien construido en tres estrofas que comienzan del mismo modo: «El Señor Dios» (vv. 4.5.7), y con una conclusión (v. 9), que también contiene la misma fórmula. La primera estrofa (v. 4) subraya la docilidad del siervo a la palabra del Señor; es decir, no es presentado como un maestro autodidacta y original sino como un discípulo obediente. La segunda (vv. 5-6) señala los sufrimientos que esa docilidad le ha acarreado y que el siervo ha aceptado sin rechistar. La tercera (vv. 7-8) destaca la fortaleza del siervo: si sufre en silencio no es por cobardía, sino porque Dios le ayuda y le hace más fuerte que sus verdugos. La conclusión (v. 9) tiene carácter procesal: en el desenlace definitivo sólo el siervo permanecerá, mientras que sus adversarios se desvanecen.

Los evangelistas vieron cumplidas en Jesucristo las palabras de este canto, especialmente en lo que se refiere al valor del sufrimiento y a la fortaleza callada del siervo. En concreto, el *Evangelio de Juan* pone en boca de Nicodemo el reconocimiento de la sabiduría de Jesús: «Rabbi, sabemos que has venido de parte de Dios como Maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que tú haces si Dios no está con él» (Jn 3,2b). Pero, sobre todo, la descripción de los sufrimientos que ha afrontado el siervo resuena en el corazón de los primeros cristianos al meditar la Pasión de Jesús y recordar que «comenzaron a escupirle en la cara y a darle bofetadas» (Mt 26,67), y que más adelante los soldados romanos «le escupían, y le quitaban la caña y le golpeaban en la cabeza» (Mt 27,30; cfr también Mc 15,19; Jn 19,3). San Pablo hace alusión al v. 9, al aplicar a Cristo Jesús la función de interceder por

los elegidos en el pleito permanente con los enemigos del alma: ¿quién puede pretender vencer en una causa contra Dios? (cfr Rm 8,33).

San Jerónimo, subrayando la docilidad del discípulo, ve cumplidas en Cristo estas palabras: «Esa disciplina y estudio le abrieron sus oídos para transmitirnos la ciencia del Padre. Él no le contradijo sino que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz, de forma que puso su cuerpo, sus espaldas, a los golpes; y los latigazos hirieron ese divino pecho y sus mejillas no se apartaron de las bofetadas» (*Commentarii in Isaiam* 50,4).

Obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Flp 2,6-11)

2ª lectura

Éste es uno de los textos más antiguos del Nuevo Testamento sobre la divinidad de Jesucristo. Quizá es un himno utilizado por los primeros cristianos que San Pablo retoma. En él se canta la humillación y la exaltación de Cristo. El Apóstol, teniendo presente la divinidad de Cristo, centra su atención en la muerte de cruz como ejemplo supremo de humildad y obediencia. «¿Qué hay de más humilde —se pregunta San Gregorio de Nisa— en el Rey de los seres que el entrar en comunión con nuestra pobre naturaleza? El Rey de Reyes y Señor de Señores se reviste de la forma de nuestra esclavitud; el Juez del universo se hace tributario de príncipes terrenos; el Señor de la creación nace en una cueva; quien abarca el mundo entero no encuentra lugar en la posada (...); el puro e incorrupto se reviste de la suciedad de la naturaleza humana, y pasando a través de todas nuestras necesidades, llega hasta la experiencia de la muerte» (*De beatitudinibus* 1).

Se evoca el contraste entre Jesucristo y Adán, que siendo hombre ambicionó ser como Dios (cfr Gn 3,5). Por el contrario, Jesucristo, siendo Dios, «se anonadó a sí mismo» (v. 7). «Al afirmar que se anonadó no indicamos otra cosa sino que tomó la condición de siervo, no que perdiera la divina. Permaneció inmutable la naturaleza en la que, existiendo en condición divina, es igual al Padre, y asumió la nuestra mudable, en la cual nació de la Virgen» (S. Agustín, *Contra Faustum* 3,6).

La obediencia de Cristo hasta la cruz (v. 8) repara la desobediencia del primer hombre. «El Hijo unigénito de Dios, Palabra y Sabiduría del Padre, que estaba junto a Dios en la gloria que había antes de la existencia del mundo, se humilló y, tomando la forma de esclavo, se hizo obediente hasta la muerte, con el fin de enseñar la obediencia a quienes sólo con ella podían alcanzar la salvación» (Orígenes, *De principiis* 3,5,6).

Dios Padre, al resucitar a Jesús y sentarlo a su derecha, concedió a su Humanidad el poder manifestar la gloria de la divinidad que le corresponde —«el nombre que está sobre todo nombre», es decir, el nombre de Dios—. Sin embargo, «esta expresión “le exaltó” no pretende significar que haya sido exaltada la naturaleza del Verbo (...). Términos como “humillado” y “exaltado” se refieren únicamente a la dimensión humana. Efectivamente, sólo lo que es humilde es susceptible de ser ensalzado» (S. Atanasio, *Contra Arianos* 1,41).

Todas las criaturas quedaron sometidas a su poder, y los hombres deberán confesar la verdad fundamental de la doctrina cristiana: «Jesucristo es el Señor». La palabra griega *Kyrios* empleada por San Pablo en esta fórmula es utilizada por la antigua versión griega llamada de los Setenta para traducir del hebreo el nombre de Dios. De ahí que esa fórmula sea una proclamación de que Jesucristo es Dios.

Pasión de Nuestro Señor Jesucristo según San Marcos (14, 1 – 15, 47)

14.1. La Pascua judía era la mayor fiesta religiosa y nacional. Se prolongaba durante una semana; en esos días estaba prohibido comer pan fermentado y por eso se llamaban los días de los ácidos. Se inauguraba la celebración con la cena pascual en la noche del 14 al 15 del mes de Nisán. El rito esencial consistía en comer el cordero pascual sacrificado en el Templo la tarde anterior. En el curso de la cena el más joven de la familia preguntaba cuál era el significado de aquella ceremonia. Y el jefe de la familia lo explicaba a los convidados: conmemoraba la liberación de los israelitas, llevada a cabo por Dios cuando eran esclavos en Egipto, y muy concretamente el paso del ángel de Yahwéh, sin herir a los primogénitos hebreos y exterminando, en cambio, a los primogénitos de los egipcios (cfr Ex 12).

14.2. Los sumos sacerdotes y los escribas intentaban por todos los medios que la condena y muerte del Señor fueran antes de la Pascua, ya que durante ésta Jerusalén estaba llena de peregrinos, y temían que la popularidad de Jesús les trajera las complicaciones de que habla el texto evangélico.

14.3-9. Era costumbre de la hospitalidad antigua honrar a los huéspedes ilustres con agua perfumada. Esta mujer trató al Señor con una delicadeza exquisita al derramar sobre Él un frasco de nardo. Es evidente que esta acción agradó mucho a Jesús. El precio de trescientos denarios era aproximadamente el sueldo de un obrero durante todo un año: la acción fue, pues, muy generosa. El romper el frasco para derramar hasta la última gota del perfume, sin que pueda servir ya a nadie más, indica que Jesús lo merece todo.

Es importante señalar el significado que el Señor da a este gesto, como anticipación de la piadosa costumbre de embalsamar el cuerpo para la sepultura. Nunca hubiera pensado aquella mujer que su acción iba a ser celebrada en todo el mundo y en todos los tiempos, pero Jesucristo sabía la trascendencia y universalidad aun de los más pequeños episodios de la historia evangélica. La profecía del Señor se ha cumplido: «En todas las Iglesias escuchamos el elogio de esta mujer (...). En todo el universo se oye con hondo recogimiento el relato de esta bella acción (...). El hecho no era extraordinario, ni la persona importante, ni había muchos testigos, ni el lugar era atrayente, porque no ocurrió en un teatro, sino en una casa particular (...). A pesar de todo, esta mujer tiene hoy mayor celebridad que todas las reinas y todos los reyes, y el tiempo nunca borrará el recuerdo de lo que hizo» (S. Juan Crisóstomo, *Adversus iudaeos*, V, 2).

Este episodio enseña la delicadeza con que hemos de tratar a la Santísima Humanidad de Jesús y, por otra parte, cómo la generosidad en el culto es siempre laudable como muestra del profundo amor que tenemos al Señor.

14.10-11. En contraste con el noble gesto de la unción, el Evangelio presenta la tenebrosa traición de Judas. Frente a la magnanimidad de la mujer resalta aún más la codicia del falso amigo. «Oh locura, o más bien, ambición del traidor, porque la ambición engendra todos los males y esclaviza a las almas por todos los medios, produce el olvido de las cosas y la enajenación de la mente. Judas, esclavizado por la locura de la ambición, olvidó su vida al lado del Señor y que había comido en su mesa, que había sido su discípulo; olvidó sus consejos y su persuasión» (S. Juan Crisóstomo, *In Evang. de Passione*).

El pecado de Judas será siempre para los cristianos un toque de atención: «Hoy muchos miran con horror el crimen de Judas, como cruel y sacrílego, que vendió por dinero a su Maestro y a su Dios; y, sin embargo, no se dan cuenta de que, cuando menosprecian por intereses humanos los derechos de la caridad y de la verdad, traicionan a Dios, que es la caridad y la verdad misma» (S. Beda, *Sermón Super qui audientes gavisí sunt*).

14.12-16. Los detalles de este pasaje pueden parecer a primera vista desacostumbrados en el comportamiento del Señor. Sin embargo, considerado con cierta atención, todo es coherente: es probable que Jesús quisiera evitar que Judas conociese con antelación el sitio exacto de la celebración de la Cena y lo comunicara al Sanedrín. Así se cumplieron los planes divinos para aquella noche memorable del Jueves Santo. Judas, en efecto, no parece haber podido comunicar a los sanedritas dónde podían encontrar a Jesús hasta que celebraron la Cena de Pascua, durante la cual salió el traidor del Cenáculo (cfr Jn 13,30).

San Marcos describe con más detalle que los otros evangelistas el lugar de la Cena, al decir que era una habitación grande y bien amueblada: en definitiva se trataba de un lugar digno. Una antigua tradición cristiana afirma que la casa del Cenáculo era propiedad de María, la madre del mismo San Marcos, a la cual parece que pertenecía también el Huerto de los Olivos.

14.17-21. Jesús demuestra que conoce de antemano lo que iba a suceder y que lo cumplía con entera libertad, identificándose con la Voluntad de su Padre. Las palabras de los versículos 18 y 19 son una nueva llamada a Judas para que se arrepintiera: el Señor tiene la delicadeza de no denunciarle públicamente, facilitándole así la conversión. Sin embargo, no quiso guardar silencio sobre la traición, para que se comprendiera que el Maestro lo sabía todo (cfr Jn 13,23 ss.).

14.22. La palabra «esto» no se refiere al acto de partir el pan, sino a la cosa que Jesús presenta a sus discípulos, es decir, a lo que ante sus ojos aparecía como pan, que ya no era pan sino el Cuerpo de Cristo. «Esto es mi cuerpo. A saber, lo que os doy ahora y que ahora tomáis vosotros. Porque el pan no solamente es figura del Cuerpo de Cristo, sino que se convierte en este mismo Cuerpo, según ha dicho el Señor: el pan que Yo os daré es mi propia carne (Jn 6, 51). Por eso el Señor conserva las especies de pan y vino, pero convierte a éstos en la realidad de su carne y de su sangre» (Teofilacto, *Enarratio in Evangelium Mará*, in loc.). No responde, pues, al sentido del texto cualquier interpretación que derive hacia el simbolismo o la metáfora. Lo mismo hay que decir acerca de «ésta es mi sangre» del v. 24.

14.24. Las palabras de la consagración del cáliz muestran con claridad la naturaleza de sacrificio que tiene la Eucaristía: la Sangre de Cristo derramada que sella la nueva y definitiva Alianza de Dios con los hombres. Esta Alianza queda sellada para siempre con el sacrificio de Cristo en la Cruz, en el cual Jesús es a la vez el Sacerdote y la Víctima. La Iglesia ha definido esta verdad con las siguientes palabras: «Si alguno dijere que en el sacrificio de la Misa no se ofrece a Dios un verdadero y propio sacrificio, o que el ofrecerlo no es otra cosa que dársenos a comer Cristo, sea anatema» (Conc. Tridentino, *Doctrina de SS. Missae Sacrificio*, cap. 1, can. 1).

Aquellas palabras pronunciadas sobre el cáliz debieron ser muy reveladoras para los Apóstoles, porque en ellas aparecía explicado el sentido de preparación y de anticipo que habían tenido los sacrificios de la antigua Alianza. Los Apóstoles llegaron a comprender de este modo cómo la Alianza del Sinaí y los múltiples sacrificios del Templo no eran sino una figura imperfecta del definitivo sacrificio y de la definitiva Alianza, que tendrían lugar en la Cruz y se anticipaban en la Cena.

En la Última Cena, pues, Cristo se entrega ya voluntariamente a su Padre como víctima que va a ser inmolada. Tanto la Cena como la Santa Misa constituyen con la Cruz un sacrificio único y perfecto, porque en los tres casos la víctima ofrecida es la misma: Cristo; e igual el sacerdote: Cristo. La sola diferencia es que la Cena, anterior a la Cruz, anticipa de modo incruento la muerte del Señor y ofrece la víctima que ha de ser inmolada; mientras que la Santa Misa ofrece, también de modo incruento, la víctima ya inmolada en la Cruz, víctima que permanece en la eternidad de la gloria.

14.25. El Señor, después de instituir la Sagrada Eucaristía, prolonga aquella Última Cena en entrañable conversación con sus discípulos, a los que de nuevo habla de su próxima muerte (cfr Jn caps. 13-17). Jesús alivia la tristeza de su despedida prometiendo a los Apóstoles que llegará un día en que volverá a reunirse con ellos, cuando el Reino de Dios haya llegado a su plenitud. Con ello se refiere a la vida beatífica en los Cielos, tantas veces comparada a un banquete. Entonces no habrá necesidad del alimento y bebida normales de esta tierra, sino de algo distinto. Por eso alude el Señor a un vino nuevo (cfr Is 25,6). En definitiva, después de la Resurrección, los Apóstoles y todos los santos podrán tener la dicha de estar con Jesús.

El que San Marcos traiga estas palabras después de la institución de la Eucaristía, indica de algún modo que ésta es un anticipo aquí en la tierra de la posesión de Dios en la bienaventuranza eterna, en la que Dios será todo en todos (cfr 1 Cor 15,28). «Nuestro Salvador—enseña el Vaticano II— en la Última Cena, en la noche en que iba a ser entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su Cuerpo y de su Sangre, con el cual iba a perpetuar el sacrificio de la Cruz para siempre, hasta su venida, y de este modo confiaría a la Iglesia, su Esposa amada, el memorial de su Muerte y Resurrección: Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura» (Conc. Vaticano II, Const. Past. *Sacrosanctum Concilium*, n. 47).

14.26. «Recitado el himno»: según la costumbre de los judíos, en la Cena Pascual se recitaban unas oraciones que llamaban «Hallel», y que recogían los salmos 113 al 118; la última parte se recitaba al final de la cena.

14.30-31. Sólo Marcos trae el detalle concreto de los dos cantos del gallo (v. 31), y la insistencia de Pedro en repetir que no le iba a traicionar (v. 32). Es una muestra más de la relación del Evangelio de Marcos con la predicación de San Pedro: sólo éste, lleno de arrepentimiento y de humildad, contaría a los primeros cristianos con especial detenimiento aquellos episodios en los que su altanería y caídas contrastaban con la comprensión y misericordia de Jesús. Los otros evangelistas, seguramente por respeto a la figura de Pedro, pasan más deprisa por estos detalles.

Este relato nos enseña cómo el Señor cuenta con la debilidad de los que El llama para seguirle y ser sus Apóstoles. Pedro presume de palabra y, luego, le negará. Jesús lo conoce y, a pesar de todo, lo elige como cabeza de la Iglesia. *Así aparecían (los discípulos) antes de que, llenos del Espíritu Santo, se convirtieran en columnas de la Iglesia. Son hombres corrientes, con defectos, con debilidades, con la palabra más larga que las obras. Y, sin embargo, Jesús los llama para hacer de ellos pescadores de hombres, corredores, administradores de la gracia de Dios. Algo semejante ha sucedido con nosotros (...). Pero me doy cuenta de que también nuestra lógica humana no sirve para explicar las realidades de la gracia. Dios suele buscar instrumentos flacos, para que aparezca con clara evidencia que la obra es suya* (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, nn. 2 y 3).

14.32-42. Llama la atención el modo tan humano como Jesús afronta su inminente Pasión y Muerte. Siente lo que todo hombre sentiría en esos momentos. «Llevó consigo solamente a los tres discípulos que habían contemplado su gloria en el monte Tabor, para que quienes vieron su poder vean también su tristeza y descubran que era verdadero hombre en esa misma tristeza. Y, porque había tomado toda la humanidad, tomó las propiedades del hombre: el temor, la angustia, la natural tristeza; pues es lógico que los hombres vayan a la muerte contra su voluntad» (Teofilacto, *Enarratio in Evangelium Mará*, in loc.).

La oración del huerto nos muestra, como ningún otro testimonio de los Santos Evangelios, que la oración del Señor era también de petición. No sólo por los demás, sino por Sí mismo. Porque había en la unidad de su Persona dos naturalezas, la humana y la divina; y, como la voluntad humana no era omnipotente, convenía que Cristo pidiese ayuda al Padre para fortalecer su voluntad (cfr *Suma Teológica*, III, q. 21, a. 1).

Una vez más, Jesús ora con un sentido profundo de su filiación divina (cfr Mt 11,25; Lc 23,46; Jn 17,1). Sólo San Marcos nos conserva en la propia lengua original la exclamación filial de Jesús al Padre: «Abbá», que es el nombre con que los hijos se dirigen íntimamente a sus padres. Una confianza filial semejante es la que ha de tener todo cristiano en su vida, y de modo especial en la oración. En este momento cumbre, Jesús vuelve a retirarse a la soledad del diálogo con su Padre y pide a sus discípulos que oren para no caer en la tentación. Es de notar que los evangelistas, movidos por el Espíritu Santo, recogen tanto la oración de Jesús, como el mandato de orar. No se trata de una anécdota ocasional, sino de un episodio que es modelo de lo que han de hacer los cristianos: rezar como medio imprescindible para mantenerse fieles a Dios. Quien no rece, que no se haga ilusiones de superar las tentaciones del demonio.

14.43-50. El Evangelio relata sobriamente el suceso del prendimiento de Jesús. Él lo había esperado y no ofrece resistencia, dando cumplimiento así a las profecías del Antiguo Testamento que hablaban de Él, singularmente aquel pasaje del poema sobre el Siervo de Yahwéh del libro de Isaías: «Como cordero que llevan a degollar y como oveja ante los que la trasquilan, permanece mudo, no abre la boca (...) porque se entregó a sí mismo a la muerte (...)» (53,7.12).

Jesús, abatido momentos antes al comienzo de su oración en Getsemaní, se levanta ahora confortado para comenzar el drama de la Pasión. Contemplemos maravillados estos misterios de Nuestro Señor, verdadero Dios y verdadero hombre.

14.51-52. El detalle del joven de la sábana es exclusivo de San Marcos. La mayoría de los intérpretes ven en él una discreta alusión al propio Marcos. Es probable que el Huerto de los Olivos perteneciese a la familia de Marcos, lo que explicaría la presencia nocturna del muchacho, que se habría despertado repentinamente ante el bullicio de la gente.

14.53-65. Esta reunión del Sanedrín en casa del sumo sacerdote está llena de irregularidades. Lo normal hubiera sido reunirse de día y en el Templo. Todo ello hace pensar en un cierto carácter secreto de esta sesión, tal vez por miedo a alborotar al pueblo y no conseguir sus propósitos. Resultan también ilegales las intervenciones directas del sumo sacerdote y los ultrajes al reo antes de dictar sentencia. Los jefes judíos hacía ya tiempo que tenían decidido perder a Jesús (cfr por ej. Mc 12,12; Jn 7,30; 11,45-50). Ahora se trata solamente de cubrir las apariencias legales. Esto es, encontrar unos testigos concordes en acusarle de culpas capitales. En vista de que no lo conseguían, el sumo sacerdote va directamente al fondo de la cuestión: ¿Jesús era el Mesías, sí, o no? La respuesta afirmativa por parte de Jesús es considerada como una blasfemia. Ya están cubiertas las apariencias. Con ello podían condenarlo a muerte y pedir al procurador romano la ratificación de la sentencia. A pesar de las irregularidades y de que no estaban presentes todos los miembros del Sanedrín, la importancia de esta sesión está en que las autoridades judías, representantes oficiales del pueblo elegido, rechazan a Jesús como Mesías y lo condenan a muerte.

14.57-59. Por el evangelio de San Juan (2,19) sabemos las palabras de Jesús que dieron pie a esta acusación: «Destruid este Templo y en tres días lo levantaré». Ahora le acusan de haber dicho tres cosas: que Él va a destruir el Templo; que el Templo de Jerusalén está hecho por mano de hombres, no es cosa de Dios; y que en tres días El levantará otro nuevo, no hecho por mano de

hombres. Como puede verse esto no es lo que dijo el Señor. Ellos, primero, cambian las palabras: Jesús no había dicho que Él iba a destruir el Templo; y segundo, las aplican al Templo de Jerusalén, cuando Jesús estaba hablando de su propio cuerpo, según consta por San Juan 2,21-22. Los Apóstoles, después de la Resurrección, entendieron la profundidad de las palabras de Jesús (Jn 2,22): el Templo de Jerusalén, donde se manifestaba de modo especial la presencia de Dios y donde se le daba el culto debido, no era sino un signo, una figura anticipada de la realidad plena que era la Humanidad de Cristo, en el que está, por ser Dios, la plenitud de la Divinidad (cfr Col 2,9).

También en el martirio de San Esteban la acusación viene a ser la misma: «hemos oído a éste diciendo que ese Jesús nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés» (cfr Act 6,14). En efecto, San Esteban había comprendido que el verdadero Templo ya no era el de Jerusalén sino Jesucristo; pero ellos volvieron a interpretar mal su verdadero sentido y le acusaron de manera semejante al Señor.

14.61. Jesús, como en otros momentos de su Pasión, guarda profundo silencio. Ante las acusaciones falsas de sus enemigos aparece indefenso. «Dios nuestro Salvador —dice San Jerónimo— que ha redimido al mundo llevado de su misericordia, se deja conducir a la muerte como un cordero sin decir una palabra; ni se queja ni se defiende. El silencio de Jesús obtiene el perdón de la protesta y excusa de Adán» (*Comm. in Marcum*, in loc.). Este silencio es un motivo y un estímulo más para callar a veces ante la calumnia o la crítica. «*In silentio et in spe erit fortitudo vestra*», en el silencio y en la esperanza se fundará vuestra fortaleza, dice el profeta Isaías (30,15).

Jesús... callado. — Iesus autem tacebat. — ¿Por qué hablas tú, para consolarte o para sincerarte?

Calla. —Busca la alegría en los desprecios: siempre te harán menos de los que mereces.

—Puedes tú, acaso, preguntar: quid enim mali feci? — ¿qué mal he hecho?» (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 671).

14.61-64. Seguramente el pontífice trataba de acorralar a Jesús: si respondía que no, equivalía a contradecirse en todo lo que había hecho y dicho; si respondía que sí, sería interpretado como blasfemia, como vemos después. Propiamente llamarse Mesías no constituía una blasfemia; tampoco llamarse hijo de Dios, entendiendo esta frase en un sentido amplio. La respuesta de Jesús no sólo da testimonio de ser el Mesías, sino que aclara la transcendencia divina de su mesianismo, al aplicarse la profecía del Hijo del Hombre de Daniel (7,13-14). Con esta confesión da pie al gesto teatral del sumo sacerdote, quien toma como una burla a Dios y una blasfemia que aquel hombre maniatado pudiera ser la figura transcendente del Hijo del Hombre. En la solemnidad singular de este momento, Jesús se define con la más fuerte de todas las expresiones bíblicas que podían ser comprendidas por sus oyentes: la que pone más de manifiesto la divinidad de su persona. Podemos advertir que, si Jesús hubiera dicho sin más «yo soy Dios», esto hubiera parecido a los ojos de sus oyentes como algo sencillamente absurdo, y lo hubieran tomado por loco. En este caso no hubiera tenido lugar el testimonio solemne de su divinidad ante las autoridades del pueblo judío.

14.63. Rasgarse las vestiduras era una costumbre en Israel, para expresar la indignación y la protesta contra los sacrilegios y las blasfemias. Los rabinos habían reglamentado hasta el detalle la operación. Se solía rasgar por una especie de costura, evitando así romper el tejido. Con este gesto trágico-cómico cierra Caifás el juicio y soslaya todo ulterior trámite que pudiera favorecer al reo y esclarecer la verdad.

14.64. Por Lc 23,51 y Jn 7,45-53, sabemos que no todos los miembros del Sanedrín condenaron a Jesús, puesto que José de Arimatea y Nicodemo no consintieron en esta decisión

deicida. Cabe suponer, entonces, que no estuvieron presentes en esta reunión del consejo, o bien porque no fueron convocados, o bien porque se abstuvieron de asistir.

14.66-72. Aun siendo muy parecidos los relatos de los tres Evangelios Sinópticos, San Marcos presenta sus características narrativas habituales: el texto sagrado describe pequeños detalles que dan viveza al episodio. Dice que Pedro estaba abajo (v. 66), lo cual indica que la sesión del consejo tuvo lugar en una sala del piso superior; otro detalle es que menciona los dos cantos del gallo (v. 72), de modo coherente con la profecía del Señor que describe en el v. 30.

15.1. Al amanecer, el Sanedrín celebra una nueva sesión para ver cómo conseguirían de Pilato la ratificación de la sentencia de muerte. E inmediatamente llevan a Cristo ante Pilato.

No se sabe a ciencia cierta cuál era la residencia del gobernador por aquellos días. La duda está entre el palacio de Herodes, construido sobre la colina occidental de la ciudad, al sur de la puerta de Jaffa, y la fortaleza Antonia, construida al noroeste de la explanada del templo. Muy probablemente, durante las fiestas de Pascua residía en esta fortaleza, porque dominaba desde allí la zona exterior del templo, donde solían fraguarse las sediciones y alborotos. En el centro de esta grandiosa construcción se abría un patio de 2.500 metros cuadrados perfectamente enlosado. Bien pudo ser éste el patio donde Pilato se sentó para juzgar al Señor y que San Juan (19,13) llama *Lithóstrotos*.

Filón, Josefo y otros historiadores pintan a Pilato con los defectos de los peores gobernadores romanos. Los evangelistas subrayan sobre todo su cobardía y su afán de contemporizar, rayano en la vileza.

15.2. La respuesta de Jesús, según se lee en San Marcos, ofrece una doble interpretación. Podría significar: tú dices que soy rey, yo no digo nada; o también: en efecto, yo soy rey. Esta segunda interpretación es la más común y lógica, puesto que en otros pasajes evangélicos se afirma de modo categórico la realeza de Jesús (cfr Mt 27,37 y par.; Jn 18,36-38).

En el Evangelio de San Juan (18,33-38), Jesús explica a Pilato que es Rey y el carácter peculiar de su realeza. Efectivamente, afirma el Señor que su Reino no es de este mundo, ya que, si lo fuera, sus soldados vendrían a defenderle.

15.3-5. Por tres veces hacen constar los evangelistas que el silencio fue la actitud de Jesús ante aquellas acusaciones inicuas: ante el Sanedrín (14,61); aquí, ante Pilato; y después ante Herodes (Lc 23,9). Sabemos por el Evangelio de San Juan que el Señor dijo algunas cosas más durante este proceso. San Marcos dice que no respondió nada más, ya que se refiere sólo a las acusaciones contra el Señor, que, al ser falsas, no necesitaban respuesta. Por otra parte era inútil toda defensa, supuesto que tenían decidida ya de antemano su muerte. Por su parte, Pilato tampoco necesitaba más contestación, puesto que estaba convencido de la inocencia de Jesús.

15.6-15. Pilato, en vez de salir en abierta defensa del inocente, como era su deber y se lo dictaba la conciencia, no quiere enfrentarse con los sanedritas y pretende que sea el pueblo quien se enfrente y libere a Jesús. Como existía la costumbre de dar libertad a un preso a petición del pueblo con motivo de la Pascua, Pilato aprovecha la ocasión para brindarles la posibilidad de que elijan a Jesús. Los sanedritas, advirtiendo la maniobra, incitan a la muchedumbre a pedir la libertad de Barrabás. Cosa que no fue difícil porque posiblemente algunos se sentían decepcionados por Jesucristo, ya que no había realizado una liberación política y terrena. Pilato no puede oponerse al resultado de esta elección y se encuentra más débil para tomar una decisión justa. Ahora sólo le queda suplicar al pueblo benevolencia para «el Rey de los judíos». La presencia humilde y desvalida de Jesús exaspera a aquella turba que rechaza a un rey así y pide que lo crucifiquen.

Pilato, que en el curso del proceso ha sido amenazado con acusarle al emperador si se inhibe en este asunto (cfr Jn 19,12), accedió a sus gritos y firmó la sentencia de crucifixión, por no enfrentarse con la gente ni crearse dificultades en su carrera política.

15.15. Los azotes o flagelación, lo mismo que la crucifixión, eran castigos infamantes aplicables sólo a los esclavos. El látigo o flagelo usado para castigar los delitos graves iba reforzado con trozos de hierro en los extremos, de modo que rasgaba la carne y hasta rompía los huesos. Era un suplicio suficiente a veces para causar la muerte. Al condenado se le ataba a un poste para evitar que se desplomase. Este suplicio se aplicaba a los condenados a crucifixión.

Estos padecimientos de Jesús tienen un valor redentor. En otros pasajes del Evangelio el Señor pone como condición a sus discípulos el llevar la Cruz. El cristiano con su mortificación se une a la pasión de Cristo y coopera en la obra redentora (cfr Col 1,24). ***Atado a la columna. Lleno de llagas. —Suenan el golpear de las correas sobre su carne rota, sobre su carne sin mancha, que padece por tu carne pecadora. —Más golpes. Más saña. Más aún... Es el colmo de la humana crueldad.***

Al cabo, rendidos, desatan a Jesús. —Y el cuerpo de Cristo se rinde también al dolor y cae, como un gusano, tronchado y medio muerto.

Tú y yo no podemos hablar. —No hacen falta palabras. —Míralo, míralo... despacio.

Después... ¿serás capaz de tener miedo a la expiación? (S. Josemaría Escrivá, *Santo Rosario*, 2º misterio doloroso).

15.16-19, La soldadesca toma a Jesús como objeto de sus burlas. Y como lo acusan de que se hace pasar por rey, lo coronan y lo visten como tal.

La figura doliente de Jesús, flagelado y coronado de espinas, con una caña por cetro entre sus manos y un viejo manto de púrpura sobre sus hombros, ha quedado como símbolo vivo del dolor humano bajo la advocación del «*Ecce homo*».

Pero, como enseña S. Jerónimo, «sus oprobios han borrado los nuestros, sus ligaduras nos han hecho libres, su corona de espinas nos ha conseguido la diadema del Reino, y sus heridas nos han curado» (*Comm. in Marcum*, in loc.).

—Tú y yo, ¿no le habremos vuelto a coronar de espinas, y a abofetear, y a escupir? (S. Josemaría Escrivá, *Santo Rosario*, 3er. misterio doloroso).

15.21. San Marcos se detiene en detallar quién era este Simón: era padre de Alejandro y de Rufo. Parece ser que Rufo, años después, se trasladó con su madre a Roma; San Pablo les envía saludos cariñosos en la carta a los Romanos (16,13). Cabe imaginarse que la primera reacción de Simón fuera de desagrado por un servicio impuesto a la fuerza y de suyo repelente. Pero el contacto con la Santa Cruz —altar donde se iba a inmolar la Víctima Divina— y la contemplación en primer plano de los sufrimientos y muerte de Jesús, debieron tocar su corazón; y de indiferente, el Cireneo bajó del Calvario fiel discípulo de Cristo. Excelente recompensa la de Jesús. Cuántas veces la divina Providencia, a través de un desagradable incidente, nos sitúa de cara al dolor y se efectúa en nosotros una conversión más radical.

En este pasaje, que constituye la quinta estación del Vía Crucis, podemos considerar que, aunque el Señor nos ha rescatado libremente, pide nuestra colaboración. Cristo carga con la Cruz, pero hemos de ayudarle a llevarla aceptando todas las dificultades y contratiempos que la divina

Providencia nos depare. Así nos santificaremos más y más, al mismo tiempo que expiamos nuestras faltas y pecados.

Por el Evangelio de San Juan (19,17) sabemos que Jesús tomó la Cruz sobre sus hombros. En Cristo cargado con la Cruz ve San Jerónimo, entre otros significados, el cumplimiento de la figura de Abel llevado como víctima inocente, y sobre todo la de Isaac (cfr Gen 22,6) que carga con la leña del propio sacrificio (cfr *Comm. in Marcum*, in loc.). Después, extenuado el Señor por los azotes, era incapaz de continuar El solo hasta el Calvario, y por eso obligan a este hombre de Cirene a llevar la Cruz.

Si alguno quiere venir tras de mí... Niño amigo: estamos tristes, viviendo la Pasión de Nuestro Señor Jesús. —Mira con qué amor se abraza a la Cruz. —Aprende de Él. —Jesús lleva la Cruz por ti: tú, llévala por Jesús.

Pero no llesves la Cruz arrastrando... Llévala a plomo, porque tu Cruz, así llevada, no será una Cruz cualquiera: será... la santa Cruz. No te resignes con la Cruz. Resignación es palabra poco generosa. Quiere la Cruz. Cuando de verdad la quieras, tu Cruz será... una Cruz, sin Cruz.

Y de seguro, como Él, encontrarás a María en el camino (S. Josemaría Escrivá, *Santo Rosario*, 4º misterio doloroso).

15.22. La ubicación de este lugar no ofrece la más mínima duda. Se trata de una pequeña colina desnuda y pelada que entonces estaba fuera de la ciudad, aunque muy al descubierto y junto a un camino muy transitado.

15.23. Los judíos, siguiendo el consejo de los Proverbios (31,6), solían ofrecer a los ajusticiados vino mezclado con mirra o con incienso, para adormecerlos y aliviarles así el sufrimiento.

Jesucristo lo gusta (según Mt 27,34), pero no lo toma. Quiere permanecer consciente hasta el último momento y ofrecer hasta el final el cáliz de la Pasión, que aceptó en la Encarnación (Heb 10,9) y que no rehusó en Getsemaní. San Agustín (*Enarrationes in Psalmos*, 21,2,8) explica que el Señor quiso sufrir hasta ese extremo para pagar así al máximo el gran precio de nuestro rescate (cfr 1 Cor 6,20).

Esta generosidad de Cristo en abrazar el dolor la han experimentado también las almas fieles. Por eso leemos: **Bebamos hasta la última gota del cáliz del dolor en la pobre vida presente. — ¿Qué importa padecer diez años, veinte, cincuenta..., si luego es el cielo para siempre, para siempre... para siempre?**

—Y, sobre todo —mejor que la razón apuntada, propter retributionem—, ¿qué importa padecer si se padece por consolar, por dar gusto a Dios nuestro Señor, con espíritu de reparación, unido a Él en su Cruz, en una palabra: si se padece por Amor?... (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 182).

15.24. La crucifixión, además de ser el suplicio más infamante, era el más doloroso. Los enemigos de Jesús intentaron con la condena a muerte de Cruz poner de relieve la derrota humillante del que días pasados entrara triunfalmente en Jerusalén. A los crucificados se les solía dejar varios días en el patíbulo para que, al ser vistos en aquel estado horrible, sirvieran de escarmiento a la gente. En el caso de Jesucristo se pretendió también que sirviera de argumento fehaciente contra su mesianismo.

La crucifixión podía hacerse de diversas formas. La más usual, y quizás la que Nuestro Señor sufrió, consistía: primero en hincar en tierra el palo vertical, después colocar el transversal con el reo clavado por las manos, y finalmente, clavar los pies en la parte inferior del tramo vertical.

Según el Evangelio de San Juan (19,23-25) la túnica inconsútil —es decir, toda de una pieza, sin costuras— se sorteó aparte del resto de los vestidos, que se distribuyeron en cuatro lotes, tantos como soldados. Las palabras de este versículo reproducen las del Salmo 21,19. Para todo judío instruido en las Escrituras la lectura del pasaje evocaba inmediatamente el cumplimiento de una profecía.

San Juan lo hará notar expresamente (cfr 19,24). San Marcos, sin perder el hilo del relato de la Pasión, está dando implícitamente un argumento de que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en Él se cumple también esta profecía.

Ante Jesús crucificado conviene recordar también que Dios «ha puesto la salvación del género humano en el árbol de la Cruz, para que donde tuvo origen la muerte, de allí resurgiera la vida, y el (demonio) que venció en un árbol, fuera en un árbol vencido» (Prefacio de la Santa Cruz).

15.25. «Hora tercia»: entre las 9 y las 12 de la mañana. San Marcos es el único Evangelista que deja consignada la hora en que clavaron al Señor en la Cruz.

15.26. Esta inscripción solía ponerse bien visible para que todos se enteraran de la causa de la condena. Pilato mandó escribir «Jesús Nazareno Rey de los judíos» en latín, griego y hebreo; S. Marcos resume la inscripción.

Llevados de su malicia, los judíos imputan a Jesús un crimen político, cuando el Señor en toda su vida y doctrina dejó claramente asentado que su misión no era política sino sobrenatural.

15.27. Así se aumentaba la ignominia de Jesucristo. Sus discípulos también conocerán esa humillación de las cárceles comunes, como si fueran ladrones y malhechores.

Pero en el caso de Jesús esto fue providencial, pues así se cumplió la Escritura que preanunciaba que el Mesías sería puesto entre los malhechores. «Colocada la Verdad entre los malvados —enseña San Jerónimo—, deja uno a su izquierda y otro a su derecha, lo mismo que hará en el día del juicio. Así vemos cuán distinto puede ser el fin de unos pecadores semejantes. Uno precede a Pedro en el paraíso, el otro a Judas en el infierno: una breve confesión consiguió la vida sin término, una blasfemia momentánea se castiga con la pena eterna» (*Comm. in Marcum*, in loc.).

El pueblo cristiano ha dado desde antiguo diversos nombres a estos ladrones. Los más comunes en Occidente son los de Dimas para el buen ladrón y Gestas para el malo.

15.29-32. El suplicio de Cristo no quedó concluido con la crucifixión sino que ahora continúa en un escarnio moral, peor si cabe que el de la coronación como rey de burlas. Se mofan de Él los que pasan, los sacerdotes haciendo corrillos con los escribas, y hasta los mismos ladrones crucificados (cfr no obstante la aclaración de Lucas 23,39-43). Todos coinciden en recriminar a Cristo su debilidad como si hubieran sido ficticios sus milagros, instigándole a manifestar su poder.

En realidad esta petición de un milagro no indica en ellos el deseo de creer. Y es que la fe es un don de Dios que sólo recibe el que tiene un corazón sencillo. «Poco pedís —recrimina San Jerónimo a los judíos—, cuando se está realizando el más grande acontecimiento. Vuestra obcecación no pudo sanarse ni con milagros mucho más grandes que los que vosotros mismos pedisteis» (*Comm. in Marcum*, in loc.).

Precisamente porque era el Mesías y el Hijo de Dios no bajó de la Cruz y llevó a término, en el dolor, la obra que el Padre le había encomendado. Cristo nos ha enseñado que el dolor es el mejor y más grande tesoro que tenemos: el Señor no venció en un trono, ni con un cetro en la mano, sino extendiendo sus brazos en la Cruz. El cristiano que, como todo hombre, padecerá dolor en su vida, no debe rehuirlo ni rebelarse contra él sino ofrecerlo a Dios, como el Maestro.

15.33. El Evangelista constata este dato como un fenómeno milagroso, que señala la magnitud del deicidio que se está cometiendo. La expresión «toda la tierra» significa todo el horizonte inmediato, sin precisar con detalle sus fronteras. La interpretación común del significado de este suceso es doble y complementaria; Orígenes (*In Matth. comm.*, 143) entiende que son manifestación de la obscuridad espiritual que sobrevendría al pueblo judío en castigo por haber rechazado —crucificado— al que es la luz verdadera (cfr Jn 1,4-9). San Jerónimo (*Comm. in Matth.*, in loc.) explica que las tinieblas expresan más bien el luto del universo por su Creador, la protesta de la naturaleza contra la muerte injusta de su Señor (cfr Rom 8,19-22).

15.34. Estas palabras, pronunciadas en arameo, son el comienzo del salmo 21, la oración del justo que, perseguido y acorralado por todas partes, se ve en extrema soledad, como «un gusano, oprobio de los hombres y desprecio del pueblo» (v. 7). Desde el abismo de esta miseria y máximo abandono, el justo acude a Yahwéh: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (...). En verdad tú eres mi esperanza desde el seno de mi madre (...). No retrases tu socorro. Apresúrate a venir en mi auxilio» (v. 2.10.20). Así pues, esta interpelación de Cristo, lejos de traducir un momento de desesperación, revela la rotunda confianza en su Padre Celestial, el único en quien puede apoyarse en medio del dolor, a quien puede quejarse como Hijo y en quien se abandona sin reservas: «en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46; Ps 30,6).

Una de las situaciones más dolorosas para el hombre es sentirse solo frente a la incompreensión y persecución de todos, presa de la inseguridad y del miedo. Dios permite estas pruebas para que, experimentada nuestra propia pequeñez y la caducidad del mundo, pongamos toda esperanza sólo en El, que saca bien de los males para quienes le aman (cfr Rom 8,28).

15.35-36. Es posible que los soldados romanos que estaban cerca de la Cruz, al oír las palabras del Señor, pensarán equivocadamente que llamaba en su auxilio a Elías. Sin embargo parece que son los mismos judíos quienes, deformando las palabras del Señor, hacen de esto una ocasión para sus burlas. Existía la creencia de que Elías había de venir a manifestar al Mesías, y así estas palabras les sirven para seguir burlándose de Cristo crucificado.

15.37. El Evangelista da escuetamente el testimonio del hecho: «Jesús, dando una gran voz, expiró». Parece como si no se atreviera a comentar nada, dejando al lector que se pare a meditar. Dentro de este tremendo misterio de la muerte de Cristo hemos de insistir: Jesucristo murió; no fue una muerte aparente, sino real. No olvidemos que la causa de la muerte del Señor fue nuestro pecado. Jesucristo muere por la fuerza y por la vileza de nuestros pecados. ***El abismo de malicia que el pecado lleva consigo, ha sido salvado por una Caridad infinita. Dios no abandona a los hombres. Los designios divinos prevén que, para reparar nuestras faltas, para restablecer la unidad perdida, no bastaban los sacrificios de la Antigua Ley: se hacía necesaria la entrega de un Hombre que fuera Dios. Podemos imaginar —para acercarnos de algún modo a este misterio insondable— que la Trinidad Beatísima se reúne en consejo, en su continua relación íntima de amor inmenso y, como resultado de esa decisión eterna, el Hijo Unigénito de Dios Padre asume nuestra condición humana, carga sobre sí nuestras miserias y nuestros dolores, para acabar cosido con clavos a un madero (...). Meditemos en el Señor herido de pies a cabeza por amor nuestro*** (S. Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 95).

15.38. El recinto propiamente sagrado del Templo de Jerusalén tenía dos partes: la primera llamada «el Santo», donde sólo podían entrar los sacerdotes para determinadas funciones litúrgicas; la segunda era el llamado «Santo de los santos» (*Sancta Sanctorum*). Esta era la estancia más sagrada, donde antiguamente había estado el Arca de la Alianza, la cual guardaba en su interior las tablas de la Ley. Sobre el Arca estaba el «propiciatorio» con dos figuras de querubines. Sólo una vez al año tenía acceso al *Sancta Sanctorum* el sumo sacerdote en el gran día de la expiación, para realizar el rito de la purificación del pueblo. El velo del Templo por antonomasia era una gran cortina que separaba «el Santo» del *Sancta Sanctorum*.

El hecho prodigioso de rasgarse el velo del templo, aparentemente sin más importancia, está lleno de sentido teológico. Significa de modo manifiesto que con la muerte de Cristo ha caducado el culto de la Antigua Alianza (cfr Heb 9,1-14); ya no tiene razón de ser el Templo de Jerusalén. El culto que agrada al Padre —en espíritu y en verdad (cfr Jn 4,23)— se tributa a través de la Humanidad de Cristo, que es Sacerdote y Víctima a la vez.

15.39. Acerca de este pasaje dice San Beda que la causa del milagro de la conversión de este oficial romano es que, viendo al Señor morir de aquel modo, no pudo menos de reconocer su Divinidad; pues nadie tiene la potestad de entregar el espíritu sino el que es Creador de las almas (cfr *In Mará Evangelium expositio*, in loc.). Efectivamente Cristo, como Dios que es, tenía la facultad de entregar su espíritu; por el contrario, a los demás hombres se les arrebató el espíritu en la hora de la muerte. Pero el hombre cristiano ha de imitar a Cristo, también en esta hora suprema; es decir, hemos de aceptar con paz y gozo la muerte, el momento dispuesto por Dios para dejar en sus manos nuestro espíritu: la diferencia está en que Cristo lo entrega cuando quiere (cfr Jn 10,18), y nosotros cuando Dios lo dispone.

No tengas miedo a la muerte. —Acéptala, desde ahora, generosamente... cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. —No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. —¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!» (S. Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 739).

15.43-46. José de Arimatea, que no había dado su consentimiento a la sentencia del Sanedrín (cfr Lc 23,51), en contraste con la huida de los propios Apóstoles, tiene la valentía y la delicadísima piedad de encargarse personalmente de todos los trámites de la sepultura de Jesús. La muerte de Cristo no había quebrantado su fe. Es de notar que su gesto sigue inmediatamente a las afrentas del Calvario y tiene lugar antes del triunfo de la Resurrección gloriosa del Señor. Su acción habrá sido premiada con ser inscrito su nombre en el libro de la vida, y ha sido recogida en el Santo Evangelio y en la memoria de todas las generaciones cristianas.

José de Arimatea puso al servicio de Jesucristo, sin esperar ninguna recompensa humana y aun con riesgo de su propia persona, todo cuanto era preciso: su posición social, su propio sepulcro aún sin usar, y todos los demás medios pertinentes. Siempre será un vivo ejemplo para todo cristiano que por Dios debe arriesgar dinero, posición y honra.

SAN ISIDORO DE SEVILLA (www.iveargentina.org)

Calló mientras padecía

En su pasión, se lee, que calló, lo que también atestiguan las voces de los profetas. Isaías dice de Él: “Conducido será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero y guardará

silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos como el corderito que está mudo delante del que le esquila.” (Isaías 53,7.)

Éste interrogado por Pilatos nada respondió. Sino que en su humildad se quitó toda respuesta: “Mansísimo y modesto no voceará ni será aceptador de personas, no se oirá en las calles su voz.” (Isaías 42,2.) Igualmente el mismo Cristo por el mismo profeta: “El Señor me abrió los oídos, y yo no me resistí, no me volví atrás.” (Isaías 50,5.) El mismo Isaías en otra parte: “Estuve siempre callado y guardé silencio.” (Isaías 42,14.)

Primero calló al ser juzgado cuando como oveja se acercó al matadero sin quejarse, ni abrir la boca, apagando así todo su poderío. Pero de su último juicio esto se lee en los salmos: “Vendrá Dios manifiestamente: Vendrá nuestro Dios y no callará.” (Salmo 47,3.) Cuando vino oculto Calló para ser juzgado, de ninguna manera callará cuando venga manifiestamente para juzgar.

Llevó la Cruz

Él mismo llevó su cruz, Isaías así lo predijo: “Ahora que ha nacido un parvulito entre nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado o la divisa del Rey.” (Isaías 9,6.) ¿Quién lleva las insignias del poder en sus hombros, que no lleve en su cabeza una corona o algunos adornos propios de su investidura? Pero sólo, Cristo, el rey de los siglos, llevó sobre sus hombros, la gloria del poder, y de su sublimidad, de lo que fue figura Isaac, que al ser llevado como holocausto por su padre, él mismo llevó la leña del sacrificio, siendo así una representación eximia de la Pasión de Cristo, que llevó el leño de su pasión.

Fue clavado en una Cruz

Porque fue suspendido del leño de la cruz y en él crucificado, Jeremías profeta lo había predicho diciendo: “Díjome en seguida el Señor, en los varones de Judá y en los habitantes de Jerusalén se ha descubierto una conjuración.” (Jeremías...) Yo era como un manso cordero que es llevado al sacrificio y no había advertido que ellos habían maquinado contra Mí diciendo: “Ea, démosle el leño en lugar de pan, y exterminémoslo de la tierra de los vivientes.” (Jeremías 11,9 y 19) Todo esto que había de padecer el Señor lo relata el profeta como pasado. Pero, ¿qué es darle leño en lugar de pan sino el clavamiento de Cristo en la cruz? Por el pan entendemos su cuerpo. Leño en lugar de pan, nuestra fe ve cruz en lugar del cuerpo Porque la vida del cuerpo es pan. Pues se escribió: “Y estará tu vida como pendiente delante de ti: temerás de noche y de día y no confiarás de tu vida. (Deuteronomio, 28,66.) El salmo, porque había de extender sus manos en la cruz así dice: “Y la elevación de mis manos os ofrezca un sacrificio tan agradable, como el que se os ofrece todas las tardes en vuestro santo tabernáculo.” (Sal 140,2) Ya sea porque llegó cuando el mundo se está acabando o porque ya caía el sol en esa tarde, el Señor entrego su alma en la cruz elevando sus manos en el mismo leño de la cruz y ofreciéndose a Dios en sacrificio, para que por aquel sacrificio se borrarán nuestros pecados.

En Isaías, también de su predicación en la cruz, esto se lee: “El cual lleva sobre sus hombros el principado”; esto es, la insignia de su cruz, que llevó sobre sus hombros, según el vaticinio del profeta David que dice: “El Señor reinará desde el madero.” Habacuc también profetizó su pasión en la cruz cuando dijo: “En sus manos tendrá un poder infinito.” Lo cual no es otra cosa sino el poder de la cruz. De la misma manera el mismo profeta de su levantamiento en la cruz, en la cual levantado todo lo atrajo hacia si, dice: “El Señor Dios es mi fortaleza; y Él me dará pies como de ciervo y el vencedor me conducirá a las alturas de mi morada, cantando yo himnos en su alabanza.” (Habacuc 3,19.)

Sus manos y sus pies fueron clavados

Porque fue crucificado y sus pies clavados, Él mismo por David habla, diciendo:

“Han taladrado mis manos y mis pies. Han contado, mis huesos tino por uno. Pus a mirarme despacio y a observarme.” (Salmo 21,18.) Con estas palabras ciertamente significa que su cuerpo ha de ser extendido en la cruz, sus manos y sus pies sujetos y atravesados con clavos. Lo cual ciertamente no padeció David, del cual se lee que sin ningún sufrimiento descansó en paz. Luego ha sido predicho de la pasión de Cristo, que fue enclavado en el leño por el pueblo de los judíos, pues las manos y los pies no son atravesados sino los de aquel que es suspendido de un madero, También en el Cantar de los Cantares:

“Destilando mirra mis manos, y estando llenos de mirra selectísima mis dedos.” (Cant, de los Cant. 5,5.) Lo cual particularmente dijo por la hendidura de los clavos.

Y por Malaquías, porque había de ser crucificado así lo anunció Él mismo, de sí mismo, diciendo: “¿Debe un hombre ultrajar a su Dios?, mas vosotros me habéis ultrajado, y decís: ¿cómo te hemos ultrajado?” (Malaquías 3,8.) Y añade Dios después de esto: “Vosotros la nación toda me ultrajáis”, lo cual se refiere al misterio de la pasión del Señor, en la cual los judíos crucificaron a Cristo, al echar sobre Él sus criminales manos. Lo cual por Zacarías, nuevamente el Señor lo recuerda diciendo: “ Y pondrán sus ojos en mí, a quien traspasaron, y plañirán al que han herido, como suele plañirse un hijo único; y harán duelo por él, como se suele hacer en la muerte de un primogénito.” (Zacarías 12,10.) Esto hemos visto que hicieron los judíos con Jesús, a quien crucificaron y de quién se dolerán de haber crucificado en el día del juicio cuando lo vean reinando en toda su majestad junto al Padre.

Fue crucificado entre dos ladrones

Porque había de ser crucificado entre dos ladrones, mucho antes fue predicho por Isaías:

“Y ha sido confundido con los facinerosos.” (Isaías 53,12.) Y el profeta Habacuc “Le reconocerás en medio de dos animales”; esto es, en medio de dos ladrones (1).

Echaron a suerte sus vestidos

Después de, la sentencia de la Cruz viene el sorteo de sus vestidos, que por David el mismo Señor había ya antes predicho: “Repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica.” (Salmo 21,19.) Cómo fue cumplida esta profecía nos lo narra la historia evangélica. Pues, habiéndose dividido entre sí los soldados las demás vestiduras, cuando tocó el turno a la túnica dijo ron: “No la dividamos sino echemos suerte para ver de quién será., pues la túnica era inconsútil; esto es, de un solo tejido de arriba abajo (Juan 19,24.)

Bebió hiel y vinagre

En cuanto a aquello, que le dieron a beber, pendiente de la cruz: hiel mezclada con vinagre, ya había sido predicho por el Señor en los salmos: “Presentáronme hiel para alimento mío, y en medio de mi sed me dieron a beber vinagre.” (Salmo 68,22.) Lo cual en otra oportunidad por el profeta Jeremías lo dice de Jerusalén: “Yo en verdad te planté cual viña escogida, de sarmientos de buena calidad, pues ¿cómo has degenerado, convirtiéndote en viña bastarda?” (Jeremías 2,21.) Dios había plantado una viña buena; esto es, la raza de los judíos; ella, empero, depravada con sus vicios, dio a beber amargura a su Creador. Por lo cual también Moisés dijo: “La viña del Señor es ya como viña da Sodoma y de los extramuros de Gomorra: sus uvas, son uvas de hiel; y llenos están de amargura sus racimos.” (Deuteronomio 32,32.) Sus uvas son uvas de hiel, y llenas están de amargura sus racimos. Por eso, más arriba, reprendiéndoles, les dice: “Así correspondes al Señor, pueblo necio e insensato?” (Deut. 32,6.)

Con una caña de hisopo le aplicaron en los labios una esponja empapada en vinagre

Con una caña de hisopo se le había de aplicar en los labios una esponja empapada en vinagre, había sido ya esto mismo proclamado en los salmos: “Rociaronme con el hisopo y seré purificado.” (Salmo 50,9.) Por esto, en la ley, los que querían ser purificados, eran rociados con un manojito de hisopo empapado en la sangre del cordero (Éxodo 12,22), Con lo cual se significaba que con la pasión del Señor habían de ser borrados los pecados del mundo

Por qué el título de su cruz no había de ser cambiado

Del título de su cruz dijeron los judíos: “No escribas: Rey de los judíos, sino que, él ha dicho: “yo soy el Rey de los judíos.” Y respondió Pilatos: “Lo que he escrito, he escrito.” (Juan 19,21.) Ya en el salmo 56 había sido profetizado: “No adulterarás la inscripción de su título.” En los siguientes versos de este salmo no solamente la pasión, o la muerte, sino también la resurrección y la ascensión de Señor se predice.

Estando, pendiente de la cruz, rogó al Padre por sus enemigos

Porque pendiente de la cruz rogó al Padre por sus enemigos, Isaías dice: “Ha tomado sobre sí los pecados de todos y ha rogado por los transgresores. (Isaías 53,12) Y en los salmos: “En vez de amarme, me calumniaban, mas yo oraba.” (Salmo 108,4.)

Igualmente Habacuc habiendo dicho de Él: “En medio de dos animales le reconocerás”, añade: “Cuando fuere atribulada mi alma, me acordaré de tu misericordia.” Prefiguró el profeta en su persona a los judíos que arrebatados por la ira crucificaron a Cristo. Cuando aquél: me acordaré de tu misericordia, dijo Él: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.”

Fue crucificado por nuestros pecados

Y porque no por sus pecados sino por los nuestros fue crucificado, Isaías dice: “Para expiación de las maldades de mi pueblo le he yo herido, dice el Señor. Y en recompensa dé bajar al sepulcro le concederá Dios la conversión de los impíos.” (Isaías 53,8 y 9.) Y nuevamente: “Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fue el llagado y despedazado por nuestras maldades el castigo del que debía nacer nuestra paz con Dios, descargó sobre Él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados.” (Isaías 53,5.) E inmediatamente: “como ovejas descarriadas hemos sido todos nosotros: cada cual se desvió de la senda del señor para seguir su propio camino, y a él solo le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros.” (Isaías 53,6.)

Lo cual concuerda con lo que dice el Apóstol: “Aquél que no había conocido el pecado, le hizo pecado por nosotros.” (II Corintios 5,21); esto es, sacrificio por nuestros pecados, ésta es la causa por la cual padeció por nuestros pecados.

Por qué murió

Después de la flagelación y de la cruz, de haber probado la hiel y el vinagre, muere en la cruz. Lo que ni la misma ley calló diciendo: “Tú, Judá, eres un joven y robusto león; tras la presa corriste, hijo mío; después para descansar, te has echado cual león, y a manera de leona. ¿Quién osará despertarte?” (Génesis 49, 9.) Alude también a su muerte el salmo: “Nuestro Señor es el Dios que tiene la virtud de salvarnos y del Señor, y muy del Señor, es el librar de la muerte.” (Salmo 67, 21.)

¿Se podría haber dicho más claramente? Pues Nuestro Señor, significa Salvador, el mismo es nuestro Dios, que nos hizo salvos, por lo cual convino que naciera y saliese de esta vida por la muerte; por eso dijo Isaías: “Del Señor es la muerte, del Señor es la salida.” Lo mismo por Isaías: “Conducida será a la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero y guardará silencio

sin abrir siquiera su boca d de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que le esquila.” (Isaías 53, 7). Los judíos que esperan la venida de Cristo, no esperan ni creen que habrá de morir. Por consiguiente hagan el favor de responderme: ¿quién es este a quien anuncia el profeta? Lo mismo es Jeremías: “Porque yo embriagaré en Sión a toda mi alma sedienta, y hartaré a todo hambriento. Por esto desperté yo como de un sueño, y abrí los ojos, me saboreé con mi sueño profético.” (Jeremías 31, 25-26.)

El ángel también así habla a Daniel de la muerte de Cristo: “Sábetete, pues, y nota atentamente: desde que saldrá la orden o edicto para que sea reedificada Jerusalén, hasta el Cristo príncipe, pasarán siete semanas, y setenta y dos semanas y será nuevamente edificada la plaza o ciudad y los muros en tiempo de angustia”; esto es, después de cuatrocientos noventa años. “Y después de las setenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo y no será más suyo el pueblo, el cual le negará.” Inmediatamente anuncia la mortandad y desgracia de los judíos que se cumplió inmediatamente después de la llegada del Mesías. “Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el Santuario.” (Daniel 9, 25 y ss.); esto es, el ejército romano con Vespasiano.

Lo mismo se lee en el libro de la Sabiduría de su muerte: “Examinémosle a fuerza de afrentas y de tormentos para conocer su resignación y probar su paciencia. Condenémosle a la más infame muerte.” (Sabiduría 2, 19-20.)

Se cubrió la tierra de tinieblas en el día de su pasión

Porque en la tarde de su pasión se cubrió la tierra de tinieblas, el mismo sol huyó, también de esto hablan los libros sagrados como lo atestigua el profeta Amos: “Sucederá en aquel día, dice el Señor Dios, que el sol se pondrá al mediodía, y haré que la tierra se cubra de tinieblas en la mayor luz del día.” (Amos 8, 9) Y Jeremías: “Debilitóse la madre que había dado a luz muchos hijos”; esto es, Jerusalén. “Desmayó su alma: escondiósele el sol cuando aún era de día: quedó confusa y llena de rubor; y a los hijos que quedaren de ella yo los entregaré a ser pasados a cuchillo a vista o por medio de sus enemigos, dice el Señor.” (Jeremías 15, 9.) Lo cual fue hecho por Vespasiano.

No le quebraron las piernas

Porque no le quebraron las piernas, sino solamente las de los ladrones, Se cumplió lo que había, sido predicho: “No le quebraréis ni un hueso”, pues se le había preceptuado celebrar la pascua en semejanza del verdadero cordero que había de ser llevado como oveja al matadero. Pues aquello significaba la pasión de Cristo verdadero cordero.

Fue herido con una lanza

Porque su costado, había de ser abierto con una lanza, así fue prenunciado por él mismo, valiéndose de Job: “Quebrantóme, y púsome como blanco de sus tiros. Dejóme hecho un erizo con sus dardos; cubrió de heridas mis costados sin piedad alguna, me ha despedazado con heridas sobre heridas”; esto es, con la herida de la lanza sobre la herida de los clavos. (Job 16,13.) Por eso también por David: “Aumentaron más y más el dolor de mis llagas.” Y por Jeremías: “Entesó su arco, y me puso por blanco sus saetas. Ha clavado en mis lomos las flechas de su aljaba.” (Jeremías Lament. 3, 12-13.) Y Zacarías: “Dirigirán sus ojos hacia aquel que traspasaron.” Ciertamente a este hombre a quien crucificaron. Este testimonio es también una de las pruebas con las cuales se declara que el prometido es Cristo, porque fue crucificado en su carne.

De su costado salieron sangre y agua

Porque manó sangre y agua de su costado, Zacarías dice: “Y tú mismo, oh Salvador mediante la sangre de tu testamento has hecho salir a los tuyos, que se hallaban cautivos del lago en que no hay agua.” (Zacarías 9,11.)

Y Ezequiel: “Aquel varón dirigiéndose desde el Oriente ved como sobreabundan aguas de su costado derecho”; esto es, de Cristo, también de la misma agua que salió de su costado otro profeta así dice: “De su vientre correrán ríos de agua”; esto es, las aguas del bautismo que vivifican a los creyentes, son suministradas a los sedientos, cumpliéndose lo que fue escrito: “Lavaos, pues, purificaos.” (Isaías 1, 16.) Y: “Me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.” (Salmo 50, 9.)

Fue sepultado

Porque su cuerpo fue entregado a la sepultura e inhumado, se dice en los salmos: “Me ha confinado en lugares tenebrosos como los que murieron hace ya un siglo.” (Salmo 142, 3.) Como si dijera: “Como los hombres”, muy bien dicho porque él era Dios. Lo mismo Isaías: “Y el señor tendrá desde entonces un nombre y una señal eterna que jamás desaparecerá.” (Isaías 55, 13.) “Y será su sepulcro glorioso.” (Isaías 11, 10.) Y en otra parte: “Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversión de los impíos.” (Isaías 53, 9.)

Fue puesta una piedra en la puerta de su monumento

Porque después de ser sepultado, fue puesta una piedra a la entrada del monumento, él mismo dice, por su profeta Jeremías: “Cayó en el lago o fosa el alma mía: han puesto la losa sobre mi (Jeremías - Lament. 3, 53.) Y nuevamente: “Me circunvaló por todos los lados para que no escapase: púsome pesados grillos.” (Jeremías. - Lament. 3, 7.)

Descendió a los infiernos

Porque descendió, al infierno, así dice el Señor en el Eclesiástico: Penetraré todas las partes más hondas de la tierra, y echaré una mirada sobre todos los que duermen para juzgarlos: e iluminaré a todos los que esperan en el Señor.” (Eclesiástico 24, 45.) También en los salmos: “Porque mi alma está harta de males, y tengo ya un pie en el sepulcro. Ya me cuentan entre los muertos, he venido a ser como un hombre desamparado de todos, manumitido entre los muertos.” (Ps. 87, 4-5.)

Descendió, pues, como hombre al Infierno; pero él solo únicamente entre los muertos fue libre, porque la muerte no lo pudo apresar.

(Obras Escogidas de San Isidoro de Sevilla , Ed. Poblet, Buenos Aires, 1947, Pág. 56-69)

FRANCISCO – Homilias del Domingo de Ramos 2013 y 2014

2013

1. Jesús entra en Jerusalén. La muchedumbre de los discípulos lo acompaña festivamente, se extienden los mantos ante él, se habla de los prodigios que ha hecho, se eleva un grito de alabanza: “¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto” (Lc 19, 38).

Gentío, fiesta, alabanza, bendición, paz. Se respira un clima de alegría. Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas, sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo. Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma.

Este es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y, así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros. Es una bella escena, llena de luz –la luz del amor de Jesús, de su corazón–, de alegría, de fiesta.

Al comienzo de la Misa, también nosotros la hemos repetido. Hemos agitado nuestras palmas. También nosotros hemos acogido al Señor; también nosotros hemos expresado la alegría de acompañarlo, de saber que nos es cercano, presente en nosotros y en medio de nosotros como un amigo, como un hermano, también como rey, es decir, como faro luminoso de nuestra vida. Jesús es Dios, pero se ha abajado a caminar con nosotros. Es nuestro amigo, nuestro hermano. El que nos ilumina en nuestro camino. Y así lo hemos acogido hoy. Y esta es la primera palabra que quisiera decirnos: alegría. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, y ¡hay tantos! Y en este momento viene el enemigo, viene el diablo, tantas veces disfrazado de ángel, e insidiosamente nos dice su palabra. No le escuchéis. Sigamos a Jesús. Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.

2. Segunda palabra: ¿Por qué Jesús entra en Jerusalén? O, tal vez mejor, ¿cómo entra Jesús en Jerusalén? La multitud lo aclama como rey. Y él no se opone, no la hace callar (cf. Lc 19, 39-40). Pero, ¿qué tipo de rey es Jesús? Mirémoslo: montado en un pollino, no tiene una corte que lo sigue, no está rodeado por un ejército, símbolo de fuerza. Quien lo acoge es gente humilde, sencilla, que tiene el sentido de ver en Jesús algo más; tiene ese sentido de la fe, que dice: Éste es el Salvador. Jesús no entra en la Ciudad Santa para recibir los honores reservados a los reyes de la tierra, a quien tiene poder, a quien domina; entra para ser azotado, insultado y ultrajado, como anuncia Isaías en la Primera Lectura (cf. Is 50, 6); entra para recibir una corona de espinas, una caña, un manto de púrpura: su realeza será objeto de burla; entra para subir al Calvario cargando un madero. Y, entonces, he aquí la segunda palabra: cruz. Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz. Pienso en lo que decía Benedicto XVI a los Cardenales: Vosotros sois príncipes, pero de un rey crucificado. Ese es el trono de Jesús. Jesús toma sobre sí... ¿Por qué la cruz? Porque Jesús toma sobre sí el mal, la suciedad, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros, y lo lava, lo lava con su sangre, con la misericordia, con el amor de Dios. Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los niños: El sudario no tiene bolsillos. Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, los crímenes contra la vida humana y contra la creación. Y también –cada uno lo sabe y lo conoce– nuestros pecados personales: las faltas de amor y de respeto a Dios, al prójimo y a toda la creación. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.

3. Hoy están en esta plaza tantos jóvenes: desde hace 28 años, el Domingo de Ramos es la Jornada de la Juventud. Y esta es la tercera palabra: jóvenes. Queridos jóvenes, os he visto en la

procesión cuando entrabais; os imagino haciendo fiesta en torno a Jesús, agitando ramos de olivo; os imagino mientras aclamáis su nombre y expresáis la alegría de estar con él. Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe. Nos traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis bien, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial: es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. Y vosotros no os avergonzáis de su cruz. Más aún, la abrazáis porque habéis comprendido que la verdadera alegría está en el don de sí mismo, en el don de sí, en salir de uno mismo, y en que él ha triunfado sobre el mal con el amor de Dios. Lleváis la cruz peregrina a través de todos los continentes, por las vías del mundo. La lleváis respondiendo a la invitación de Jesús: “Id y haced discípulos de todos los pueblos” (Mt 28, 19), que es el tema de la Jornada Mundial de la Juventud de este año. La lleváis para decir a todos que, en la cruz, Jesús ha derribado el muro de la enemistad, que separa a los hombres y a los pueblos, y ha traído la reconciliación y la paz. Queridos amigos, también yo me pongo en camino con vosotros, desde hoy, sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ahora estamos ya cerca de la próxima etapa de esta gran peregrinación de la cruz de Cristo. Aguardo con alegría el próximo mes de julio, en Río de Janeiro. Os doy cita en aquella gran ciudad de Brasil. Preparaos bien, sobre todo espiritualmente en vuestras comunidades, para que este encuentro sea un signo de fe para el mundo entero. Los jóvenes deben decir al mundo: Es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús. Tres palabras: alegría, cruz, jóvenes.

Pidamos la intercesión de la Virgen María. Ella nos enseña el gozo del encuentro con Cristo, el amor con el que debemos mirarlo al pie de la cruz, el entusiasmo del corazón joven con el que hemos de seguirlo en esta Semana Santa y durante toda nuestra vida. Que así sea.

2014

Esta semana comienza con una procesión festiva con ramos de olivo: todo el pueblo acoge a Jesús. Los niños y los jóvenes cantan, alaban a Jesús.

Pero esta semana se encamina hacia el misterio de la muerte de Jesús y de su resurrección. Hemos escuchado la Pasión del Señor. Nos hará bien hacernos una sola pregunta: ¿Quién soy yo? ¿Quién soy yo ante mi Señor? ¿Quién soy yo ante Jesús que entra con fiesta en Jerusalén? ¿Soy capaz de expresar mi alegría, de alabarlo? ¿O guardo las distancias? ¿Quién soy yo ante Jesús que sufre?

Hemos oído muchos nombres, tantos nombres. El grupo de dirigentes religiosos, algunos sacerdotes, algunos fariseos, algunos maestros de la ley, que habían decidido matarlo. Estaban esperando la oportunidad de apresarlo. ¿Soy yo como uno de ellos?

También hemos oído otro nombre: Judas. Treinta monedas. ¿Yo soy como Judas? Hemos escuchado otros nombres: los discípulos que no entendían nada, que se durmieron mientras el Señor sufría. Mi vida, ¿está adormecida? ¿O soy como los discípulos, que no entendían lo que significaba traicionar a Jesús? ¿O como aquel otro discípulo que quería resolverlo todo con la espada? ¿Soy yo como ellos? ¿Soy yo como Judas, que finge amar y besa al Maestro para entregarlo, para traicionarlo? ¿Soy yo, un traidor? ¿Soy como aquellos dirigentes que organizan a toda prisa un tribunal y buscan falsos testigos? ¿Soy como ellos? Y cuando hago esto, si lo hago, ¿creo que de este modo salvo al pueblo?

¿Soy yo como Pilato? Cuando veo que la situación se pone difícil, ¿me lavo las manos y no sé asumir mi responsabilidad, dejando que condenen - o condenando yo mismo - a las personas?

¿Soy yo como aquel gentío que no sabía bien si se trataba de una reunión religiosa, de un juicio o de un circo, y que elige a Barrabás? Para ellos da igual: era más divertido, para humillar a Jesús.

¿Soy como los soldados que golpean al Señor, le escupen, lo insultan, se divierten humillando al Señor?

¿Soy como el Cireneo, que volvía del trabajo, cansado, pero que tuvo la buena voluntad de ayudar al Señor a llevar la cruz?

¿Soy como aquellos que pasaban ante la cruz y se burlaban de Jesús : “¡Él era tan valiente!... Que baje de la cruz y creeremos en él”? Mofarse de Jesús...

¿Soy yo como aquellas mujeres valientes, y como la Madre de Jesús, que estaban allí y sufrían en silencio?

¿Soy como José, el discípulo escondido, que lleva el cuerpo de Jesús con amor para enterrarlo?

¿Soy como las dos Marías que permanecen ante el sepulcro llorando y rezando?

¿Soy como aquellos jefes que al día siguiente fueron a Pilato para decirle: “Mira que éste ha dicho que resucitaría. Que no haya otro engaño”, y bloquean la vida, bloquean el sepulcro para defender la doctrina, para que no salte fuera la vida?

¿Dónde está mi corazón? ¿A cuál de estas personas me parezco? Que esta pregunta nos acompañe durante toda la semana.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino

n. 77. «El domingo de Ramos en la Pasión del Señor: para la procesión, se han escogido los textos que se refieren a la entrada solemne del Señor en Jerusalén, tomados de los tres Evangelios sinópticos; en la Misa, se lee el relato de la pasión del Señor» (OLM 97). Dos antiguas tradiciones conforman esta Celebración Litúrgica, única en su género: el uso de una procesión en Jerusalén y la lectura de la Pasión en Roma. La exuberancia que rodea la entrada real de Cristo, pronto da paso a uno de los cantos del Siervo doliente y a la solemne proclamación de la Pasión del Señor. Y esta liturgia tiene lugar en domingo, día *desde los comienzos* asociado a la Resurrección de Cristo. ¿Cómo puede el celebrante unir los múltiples elementos teológicos y emotivos de este día, sobre todo por el hecho de que las consideraciones pastorales aconsejan una homilía bastante breve? La clave se encuentra en la segunda lectura, el hermosísimo himno de la carta de san Pablo a los Filipenses, que resume de manera admirable todo el Misterio Pascual. El homileta podría destacar brevemente que, en el momento en el que la Iglesia entra en la Semana Santa, experimentaremos ese Misterio, de manera que podamos hablarle a nuestros corazones. Diversos usos y tradiciones locales conducen a los fieles a considerar los acontecimientos de los últimos días de Jesús, pero el gran deseo de la Iglesia en esta Semana no es, únicamente, el de remover nuestras emociones, sino el de hacer más profunda nuestra fe. En las celebraciones litúrgicas de la Semana que se inicia no nos limitamos a la mera conmemoración de lo que Jesús realizó; estamos inmersos en el mismo Misterio Pascual, para morir y resucitar con Cristo.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La entrada de Jesús en Jerusalén

557. “Como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén” (Lc 9, 51; cf. Jn 13, 1). Por esta decisión, manifestaba que subía a Jerusalén dispuesto a morir. En tres ocasiones había repetido el anuncio de su Pasión y de su Resurrección (cf. Mc 8, 31-33; 9, 31-32; 10, 32-34). Al dirigirse a Jerusalén dice: “No cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén” (Lc 13, 33).

558. Jesús recuerda el martirio de los profetas que habían sido muertos en Jerusalén (cf. Mt 23, 37a). Sin embargo, persiste en llamar a Jerusalén a reunirse en torno a él: “¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas y no habéis querido!” (Mt 23, 37b). Cuando está a la vista de Jerusalén, llora sobre ella y expresa una vez más el deseo de su corazón: “¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz! pero ahora está oculto a tus ojos” (Lc 19, 41-42).

559. ¿Cómo va a acoger Jerusalén a su Mesías? Jesús rehuyó siempre las tentativas populares de hacerle rey (cf. Jn 6, 15), pero elige el momento y prepara los detalles de su entrada mesiánica en la ciudad de “David, su Padre” (Lc 1,32; cf. Mt 21, 1-11). Es aclamado como hijo de David, el que trae la salvación (“Hosanna” quiere decir “¡sálvanos!”, “¡Danos la salvación!”). Pues bien, el “Rey de la Gloria” (Sal 24, 7-10) entra en su ciudad “montado en un asno” (Za 9, 9): no conquista a la hija de Sión, figura de su Iglesia, ni por la astucia ni por la violencia, sino por la humildad que da testimonio de la Verdad (cf. Jn 18, 37). Por eso los súbditos de su Reino, aquel día fueron los niños (cf. Mt 21, 15-16; Sal 8, 3) y los “pobres de Dios”, que le aclamaban como los ángeles lo anunciaron a los pastores (cf. Lc 19, 38; 2, 14). Su aclamación “Bendito el que viene en el nombre del Señor” (Sal 118, 26), ha sido recogida por la Iglesia en el “Sanctus” de la liturgia eucarística para introducir al memorial de la Pascua del Señor.

560. La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección. Con su celebración, el domingo de Ramos, la liturgia de la Iglesia abre la Semana Santa.

La Pasión de Cristo

602. En consecuencia, S. Pedro pudo formular así la fe apostólica en el designio divino de salvación: “Habéis sido rescatados de la conducta necia heredada de vuestros padres, no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancha, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los últimos tiempos a causa de vosotros” (1 P 1, 18-20). Los pecados de los hombres, consecuencia del pecado original, están sancionados con la muerte (cf. Rm 5, 12; 1 Co 15, 56). Al enviar a su propio Hijo en la condición de esclavo (cf. Flp 2, 7), la de una humanidad caída y destinada a la muerte a causa del pecado (cf. Rm 8, 3), Dios “a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Co 5, 21).

603. Jesús no conoció la reprobación como si él mismo hubiese pecado (cf. Jn 8, 46). Pero, en el amor redentor que le unía siempre al Padre (cf. Jn 8, 29), nos asumió desde el alejamiento con relación a Dios por nuestro pecado hasta el punto de poder decir en nuestro nombre en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15, 34; Sal 22,2). Al haberle hecho así solidario con nosotros, pecadores, “Dios no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros” (Rm 8, 32) para que fuéramos “reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5, 10).

Dios tiene la iniciativa del amor redentor universal

604. Al entregar a su Hijo por nuestros pecados, Dios manifiesta que su designio sobre nosotros es un designio de amor benevolente que precede a todo mérito por nuestra parte: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10; cf. 4, 19). “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8).

605. Jesús ha recordado al final de la parábola de la oveja perdida que este amor es sin excepción: “De la misma manera, no es voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno de estos pequeños” (Mt 18, 14). Afirma “dar su vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28); este último término no es restrictivo: opone el conjunto de la humanidad a la única persona del Redentor que se entrega para salvarla (cf. Rm 5, 18-19). La Iglesia, siguiendo a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 15; 1 Jn 2, 2), enseña que Cristo ha muerto por todos los hombres sin excepción: “no hay, ni hubo ni habrá hombre alguno por quien no haya padecido Cristo” (Cc Quiercy en el año 853: DS 624).

III. CRISTO SE OFRECIO A SU PADRE POR NUESTROS PECADOS

Toda la vida de Cristo es ofrenda al Padre

606. El Hijo de Dios “bajado del cielo no para hacer su voluntad sino la del Padre que le ha enviado” (Jn 6, 38), “al entrar en este mundo, dice: ... He aquí que vengo... para hacer, oh Dios, tu voluntad... En virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo” (Hb 10, 5-10). Desde el primer instante de su Encarnación el Hijo acepta el designio divino de salvación en su misión redentora: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra” (Jn 4, 34). El sacrificio de Jesús “por los pecados del mundo entero” (1 Jn 2, 2), es la expresión de su comunión de amor con el Padre: “El Padre me ama porque doy mi vida” (Jn 10, 17). “El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14, 31).

607. Este deseo de aceptar el designio de amor redentor de su Padre anima toda la vida de Jesús (cf. Lc 12,50; 22, 15; Mt 16, 21-23) porque su Pasión redentora es la razón de ser de su Encarnación: “¡Padre líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!” (Jn 12, 27). “El cáliz que me ha dado el Padre ¿no lo voy a beber?” (Jn 18, 11). Y todavía en la cruz antes de que “todo esté cumplido” (Jn 19, 30), dice: “Tengo sed” (Jn 19, 28).

“El cordero que quita el pecado del mundo”

608. Juan Bautista, después de haber aceptado bautizarle en compañía de los pecadores (cf. Lc 3, 21; Mt 3, 14-15), vio y señaló a Jesús como el “Cordero de Dios que quita los pecados del mundo” (Jn 1, 29; cf. Jn 1, 36). Manifestó así que Jesús es a la vez el Siervo doliente que se deja llevar en silencio al matadero (Is 53, 7; cf. Jr 11, 19) y carga con el pecado de las multitudes (cf. Is 53, 12) y el cordero pascual símbolo de la Redención de Israel cuando celebró la primera Pascua (Ex 12, 3-14; cf. Jn 19, 36; 1 Co 5, 7). Toda la vida de Cristo expresa su misión: “Servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45).

Jesús acepta libremente el amor redentor del Padre

609. Jesús, al aceptar en su corazón humano el amor del Padre hacia los hombres, “los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1) porque “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13). Tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres (cf. Hb 2, 10. 17-18; 4, 15; 5, 7-9). En efecto, aceptó libremente su pasión y su muerte por amor a su Padre y a los hombres que el Padre

quiere salvar: “Nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente” (Jn 10, 18). De aquí la soberana libertad del Hijo de Dios cuando él mismo se encamina hacia la muerte (cf. Jn 18, 4-6; Mt 26, 53).

Jesús anticipó en la cena la ofrenda libre de su vida

610. Jesús expresó de forma suprema la ofrenda libre de sí mismo en la cena tomada con los Doce Apóstoles (cf. Mt 26, 20), en “la noche en que fue entregado” (1 Co 11, 23). En la víspera de su Pasión, estando todavía libre, Jesús hizo de esta última Cena con sus apóstoles el memorial de su ofrenda voluntaria al Padre (cf. 1 Co 5, 7), por la salvación de los hombres: “Este es mi Cuerpo que va a ser entregado por vosotros” (Lc 22, 19). “Esta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26, 28).

611. La Eucaristía que instituyó en este momento será el “memorial” (1 Co 11, 25) de su sacrificio. Jesús incluye a los apóstoles en su propia ofrenda y les manda perpetuarla (cf. Lc 22, 19). Así Jesús instituye a sus apóstoles sacerdotes de la Nueva Alianza: “Por ellos me consagro a mí mismo para que ellos sean también consagrados en la verdad” (Jn 17, 19; cf. Cc Trento: DS 1752, 1764).

La agonía de Getsemaní

612. El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena al ofrecerse a sí mismo (cf. Lc 22, 20), lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní (cf. Mt 26, 42) haciéndose “obediente hasta la muerte” (Flp 2, 8; cf. Hb 5, 7-8). Jesús ora: “Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz...” (Mt 26, 39). Expresa así el horror que representa la muerte para su naturaleza humana. Esta, en efecto, como la nuestra, está destinada a la vida eterna; además, a diferencia de la nuestra, está perfectamente exenta de pecado (cf. Hb 4, 15) que es la causa de la muerte (cf. Rm 5, 12); pero sobre todo está asumida por la persona divina del “Príncipe de la Vida” (Hch 3, 15), de “el que vive” (Ap 1, 18; cf. Jn 1, 4; 5, 26). Al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre (cf. Mt 26, 42), acepta su muerte como redentora para “llevar nuestras faltas en su cuerpo sobre el madero” (1 P 2, 24).

La muerte de Cristo es el sacrificio único y definitivo

613. La muerte de Cristo es a la vez el sacrificio pascual que lleva a cabo la redención definitiva de los hombres (cf. 1 Co 5, 7; Jn 8, 34-36) por medio del “cordero que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29; cf. 1 P 1, 19) y el sacrificio de la Nueva Alianza (cf. 1 Co 11, 25) que devuelve al hombre a la comunión con Dios (cf. Ex 24, 8) reconciliándole con El por “la sangre derramada por muchos para remisión de los pecados” (Mt 26, 28; cf. Lv 16, 15-16).

614. Este sacrificio de Cristo es único, da plenitud y sobrepasa a todos los sacrificios (cf. Hb 10, 10). Ante todo es un don del mismo Dios Padre: es el Padre quien entrega al Hijo para reconciliarnos con él (cf. Jn 4, 10). Al mismo tiempo es ofrenda del Hijo de Dios hecho hombre que, libremente y por amor (cf. Jn 15, 13), ofrece su vida (cf. Jn 10, 17-18) a su Padre por medio del Espíritu Santo (cf. Hb 9, 14), para reparar nuestra desobediencia.

Jesús reemplaza nuestra desobediencia por su obediencia

615. “Como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos” (Rm 5, 19). Por su obediencia hasta la muerte, Jesús llevó a cabo la sustitución del Siervo doliente que “se dio a sí mismo en expiación”, “cuando llevó el pecado de muchos”, a quienes “justificará y cuyas culpas soportará” (Is 53, 10-12). Jesús repara por nuestras faltas y satisface al Padre por nuestros pecados (cf. Cc Trento: DS 1529).

En la cruz, Jesús consume su sacrificio

616. El “amor hasta el extremo” (Jn 13, 1) es el que confiere su valor de redención y de reparación, de expiación y de satisfacción al sacrificio de Cristo. Nos ha conocido y amado a todos en la ofrenda de su vida (cf. Ga 2, 20; Ef 5, 2. 25). “El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron” (2 Co 5, 14). Ningún hombre aunque fuese el más santo estaba en condiciones de tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio por todos. La existencia en Cristo de la persona divina del Hijo, que al mismo tiempo sobrepasa y abraza a todas las personas humanas, y que le constituye Cabeza de toda la humanidad, hace posible su sacrificio redentor por todos.

617. “Sua sanctissima passione in ligno crucis nobis justificationem meruit” (“Por su sacratísima pasión en el madero de la cruz nos mereció la justificación”) enseña el Concilio de Trento (DS 1529) subrayando el carácter único del sacrificio de Cristo como “causa de salvación eterna” (Hb 5, 9). Y la Iglesia venera la Cruz cantando: “O crux, ave, spes unica” (“Salve, oh cruz, única esperanza”, himno “Vexilla Regis”).

Nuestra participación en el sacrificio de Cristo

618. La Cruz es el único sacrificio de Cristo “único mediador entre Dios y los hombres” (1 Tm 2, 5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, “se ha unido en cierto modo con todo hombre” (GS 22, 2), él “ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual” (GS 22, 5). Él llama a sus discípulos a “tomar su cruz y a seguirle” (Mt 16, 24) porque él “sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas” (1 P 2, 21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf. Mc 10, 39; Jn 21, 18-19; Col 1, 24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf. Lc 2, 35):

Fuera de la Cruz no hay otra escala por donde subir al cielo (Sta. Rosa de Lima, vida)

El señorío de Cristo proviene de su Muerte y Resurrección

2816. En el Nuevo Testamento, la palabra “basileia” se puede traducir por realeza (nombre abstracto), reino (nombre concreto) o reinado (de reinar, nombre de acción). El Reino de Dios está ante nosotros. Se aproxima en el Verbo encarnado, se anuncia a través de todo el Evangelio, llega en la muerte y la Resurrección de Cristo. El Reino de Dios adviene en la Última Cena y por la Eucaristía está entre nosotros. El Reino de Dios llegará en la gloria cuando Jesucristo lo devuelva a su Padre:

Incluso puede ser que el Reino de Dios signifique Cristo en persona, al cual llamamos con nuestras voces todos los días y de quien queremos apresurar su advenimiento por nuestra espera. Como es nuestra Resurrección porque resucitamos en él, puede ser también el Reino de Dios porque en él reinaremos (San Cipriano, Dom. orat. 13).

El Misterio Pascual y la Liturgia

654. Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) “a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida” (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: “Id, avisad a mis hermanos” (Mt 28, 10; Jn 20, 17).

Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

1067. “Cristo el Señor realizó esta obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada por las maravillas que Dios hizo en el pueblo de la Antigua Alianza, principalmente por el misterio pascual de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión. Por este misterio, ‘con su muerte destruyó nuestra muerte y con su resurrección restauró nuestra vida’. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de toda la Iglesia” (SC 5). Por eso, en la liturgia, la Iglesia celebra principalmente el Misterio pascual por el que Cristo realizó la obra de nuestra salvación.

1068. Es el Misterio de Cristo lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio del mismo en el mundo:

En efecto, la liturgia, por medio de la cual “se ejerce la obra de nuestra redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye mucho a que los fieles, en su vida, expresen y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza genuina de la verdadera Iglesia (SC 2).

1085. En la Liturgia de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su misterio pascual. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su Hora (cf Jn 13,1; 17,1), vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre “una vez por todas” (Rm 6,10; Hb 7,27; 9,12). Es un acontecimiento real, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente singular: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene permanentemente presente. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección permanece y atrae todo hacia la Vida.

El memorial sacrificial de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia

1362. La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada anámnesis o memorial.

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamezza.org)

Quo vadis, Domine? ¿A dónde vas, Señor?

Conocemos la leyenda del *Quo vadis*. En Roma se está perfilando la gran persecución de Nerón. Pedro, presionado por los hermanos, hace por alejarse de la ciudad. Mientras huye hacia el sur, a lo largo de la vía Appia, encuentra a Jesús, que va en dirección opuesta. Le pregunta: *Quo vadis, Domine?* «¿A dónde vas, Señor?» Y Jesús responde: «Vaya Roma a morir de nuevo». Pedro entiende; vuelve sobre sus pasos y se somete al martirio por Cristo, muriendo crucificado con la cabeza hacia abajo, según la tradición.

La historia del *Quo vadis* se repite todavía hoy. Jesús va a sufrir y morir de nuevo en cada ciudad y lugar en donde está activa la persecución, el peligro, la muerte. Gracias a Dios, hoy no faltan asimismo discípulos y discípulas valientes, que no huyen de estos lugares, sino que permanecen o vuelven allí, también ellos, a veces, para sufrir con Cristo el mismo martirio.

Pero, la historia del *Quo vadis* tiene igualmente un significado para nosotros, que no nos encontramos en estas situaciones dramáticas. Cuando Jesús inició su último viaje hacia Jerusalén, que concluiría con la muerte, uno de los apóstoles dijo a los demás, que vacilaban: «Vayamos también nosotros a morir con él» (Juan 11,16). Es con este sentimiento en el corazón con el que todo verdadero creyente debiera iniciar la Semana Santa.

El Domingo de Ramos es la única ocasión durante todo el año en la que se escucha por entero el relato evangélico de la Pasión. El dato, que llama más la atención leyendo la Pasión según Marcos (el Evangelio de este año litúrgico), es la importancia dada a la traición de Pedro. Ésta ya había sido anunciada antes por Jesús en la última cena («Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces»: Mateo 26, 34), y, después, importancia dada a la traición de Pedro. Ésta ya había sido descrita en todo su humillante desarrollo: «No sé ni entiendo qué dices» (Marcos 14, 68); «No sé qué dices» (Mateo 26,70). «¡Yo no conozco a ese hombre de quien habláis!» (Marcos 14,71; Mateo 26,72).

Esta insistencia es significativa, porque Marcos era una especie de secretario de Pedro y escribió su Evangelio poniendo juntos los recuerdos e las informaciones, que precisamente le venían de él. Por lo tanto, Pedro mismo ha sido el que ha divulgado la historia de su traición. Ha hecho una especie de confesión pública. Con la alegría del perdón encontrado, a Pedro ya no le ha importado nada su buen nombre y su reputación como cabeza de los apóstoles. Ha querido que nadie de los que, a continuación, hubieren caído como él mismo desesperase del perdón.

Para entender hasta el fondo la historia de la negación de Pedro es necesario leerla en paralelo con la de la traición de Judas. También, ésta fue preanunciada antes por Cristo en el cenáculo y, después, consumada en el huerto de los olivos. De Pedro, se lee que Jesús pasando «lo miró» (Lucas 22, 61); con Judas hizo más aún: le besó (cfr. Lucas 22,47-48). Pero, el éxito fue bien distinto. Pedro, «saliendo fuera, lloró amargamente» (Mateo 26,75); Judas, saliendo fuera, «fue y se ahorcó» (Mateo 27,5).

No es necesario mucho esfuerzo para darse cuenta que estas dos historias no están cerradas o concluidas; continúan, nos afectan de cerca. ¡Cuántas veces nosotros debemos decir también que hemos actuado como Pedro! Nos hemos encontrado en la situación de tener que dar testimonio de nuestras convicciones cristianas y hemos preferido mimetizarnos con los demás para no correr peligros, para no exponernos a nada. Hemos dicho con hechos y con nuestro silencio: «¡Yo no conozco a ese hombre!» (Mateo 26,72), esto es, a Jesús, del que habláis.

Del mismo modo, pensándolo bien, la historia de Judas no nos es todo lo contrario que extraña. Don Primo Mazzolari tuvo una predicación famosa un Viernes santo sobre «nuestro hermano Judas», haciendo ver cómo cada uno de nosotros hubiera podido estar ocupando su puesto. Judas vendió a Jesús por treinta denarios: ¿y quién puede decir no haberle traicionado, a veces, incluso por mucho menos? Traiciones, es cierto, menos trágicas que la suya; pero, ellas, siendo verdaderas, además, agravadas por el hecho de que nosotros sabemos quién era Jesús mejor que Judas.

Precisamente, porque las dos historias nos afectan a nosotros de cerca, debemos ver cuál es la diferencia entre una y otra; porque las dos historias, la de Pedro y la de Judas, terminan de una manera muy distinta. Pedro tuvo remordimiento, de lo que había hecho; mas, incluso Judas también tuvo remordimiento, tanto que exclamó: «Pequé entregando sangre inocente» (Mateo 27,4) y restituyó los treinta denarios. ¿Dónde está, pues, la diferencia? En una sola cosa: ¡Pedro tuvo confianza en la misericordia de Cristo y Judas no!

La Biblia nos presenta toda una colección de historias paralelas de pecado, que se concluyen de un modo diametralmente distinto. Lo hace para estimularnos a hacer la elección justa. Caín ha matado a Abel (cfr. Génesis 4); pero, también, David ha matado a Urías, el marido de la mujer, que él quería para sí (cfr. 2 Samuel 11). Y, justamente, Caín es maldecido y David honrado. El motivo es siempre el mismo. Caín se ha desesperado; ha pensado que su pecado era demasiado grande para ser perdonado (cfr. Génesis 4, 13). David ha tenido confianza en la misericordia de Dios; ha exclamado: «Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito limpia mi pecado» (Salmo 51,3).

De nuevo, sobre el Calvario el mismo tema. Allí hay dos ladrones. Ambos han pecado igualmente y se han manchado de crímenes. Uno, sin embargo, maldice, insulta y muere desesperado; el otro grita: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino» (Lucas 23,42) y, de inmediato, oye que él le responde:

«Te aseguro que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lucas 23, 43).

Posiblemente, no haya modo más seguro de penetrar en el fondo de la Pasión que éste: verla como la suprema manifestación de la misericordia de Dios. Hacer Pascua significa, pues, hacer una experiencia personal de la misericordia de Dios en Cristo. Recuerdo que, una vez, meditando sobre la Pasión, casi sin saberlo, se me formó en la mente un pensamiento con una gran claridad: «¡Los que crucificaron a Cristo se han salvado!» Me puse a recapacitar sobre qué pudiese significar un pensamiento tan extraño y llegué a la conclusión de que ello era verdad. Los que crucificaron a Cristo se han salvado, porque Jesús ha orado por ellos. Precisamente, él dijo mientras le clavaban en la cruz:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lucas 23,34).

¿Podemos pensar que el Padre, que en su vida había escuchado «siempre» las plegarias de Jesús, haya dejado caer en el vacío exactamente esta suprema plegaria, hecha con tanta valentía? Es cierto que en este caso permanece no obstante la libertad del hombre de acoger o no la misericordia. De nadie, sin embargo, podemos estar ciertos que haya ido a la perdición o a la condenación, ni siquiera de Judas. Sí; los que crucificaron a Cristo estarán en el paraíso; allí proclaman para siempre hasta dónde ha llegado la misericordia de Dios para con los hombres.

Si nosotros lo intentamos, hay un modo muy sencillo para descubrir la experiencia de la misericordia de Cristo. Una vez, un niño, a quien se le había contado la historia de Judas, dijo con el candor y la sabiduría de los niños: «Judas ha equivocado el árbol al que debía colgarse: ha escogido una higuera». «¿y qué debía haber escogido?», le preguntó extrañada la catequista. «¡Debía haberse colgado al cuello de Jesús!» Tenía razón: si se hubiese colgado al cuello de Jesús para pedirle perdón hoy sería honrado no menos que san Pedro. Nosotros podemos en esta Pascua «colgarnos al cuello de Jesús». Conocemos el antiguo «precepto» de la Iglesia: «Confesarse al menos una vez al año y comulgar por Pascua florida» (*Catecismo de la Iglesia Católica* 2042). No es tanto una obligación cuanto un regalo, un ofrecimiento. Muchas personas, que no se confesaban desde hacía años y algunos incluso durante toda la vida, después de la confesión, levantándose, han dicho que había sido la experiencia más bella de su vida. Había caído de su corazón como una gran losa.

Lo sé; no todos están dispuestos en esta Pascua a ir a la iglesia y mucho menos a confesarse. A éstos yo les pediría una cosa mucho más sencilla: la de procurarse un Evangelio y leer por cuenta suya con calma y por entero el relato de la pasión. Para ello, es suficiente menos de media hora. He conocido a una mujer, una intelectual, que se profesaba atea. Un día se le vino encima una de aquellas noticias, que siempre dejan medio muertos: su hija de dieciséis años tenía un tumor en los

huesos. La operan. La muchacha vuelve de la sala de operaciones mortificada con tubos, sondas, débil por todas partes. Sufre terriblemente, gime y no quiere oír ninguna palabra de consuelo. La madre, sabiendo que la muchacha era piadosa y religiosa, pensando hacerle una complacencia, le dice: «¿Quieres que te lea alguna cosa del Evangelio?» «Sí, mamá». «¿Qué quieres?» «Léeme la pasión». Ella, que nunca había leído un Evangelio, corre a comprar uno; se sienta junto al lecho y comienza a leer. Después de poco tiempo, la hija se duerme; pero, ella en la penumbra continúa leyendo en silencio hasta el final. «¡La hija se dormía, dirá más tarde ella misma, y la madre se despertaba!» Se despertaba de su ateísmo. La lectura de la pasión de Cristo le había cambiado la vida para siempre.

Jesús, os decía yo al comienzo, va a morir místicamente de nuevo por nosotros en esta semana. Digamos, asimismo nosotros, como aquel día dijo el apóstol Tomás: «Vayamos también nosotros a morir con él» (Juan 11, 16). A morir al pecado para resucitar a una vida nueva en la Pascua.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Docilidad a la Gracia

Nos ofrece la Iglesia en el Domingo de Ramos, para que los recordemos y meditemos de una vez más, los acontecimientos de la vida de Nuestro Señor que culminan su obra redentora en la tierra. Y convendrá que, no sólo hoy, sino también los próximos días de la Semana Santa, meditemos pausadamente en esas escenas de la Pasión que, de un modo tan claro, nos muestran el amor de Dios por el hombre y la maldad del pecado.

Pero hoy, siguiendo los pasos a de Jesús y acompañados de los apóstoles y de tantos que le vitorearon aquel día, recordamos contentos la aclamación que recibió Jesús. Nos interesa mucho evocar aquella circunstancia, relativamente frecuente en su vida, aunque no faltaran también a menudo los momentos en que sufrió la incompreensión, la crítica inconsiderada y hasta la violencia de la gente. Las más de las veces, en todo caso, el pueblo sencillo reunido reconoce la bondad de Jesús, se muestran agradecidos y, de un modo natural, expresan sus sentimientos aclamándole.

¡Bendito el que viene en nombre del Señor!, dice con toda razón la gente. Viene en el nombre de Dios y está ahí. Está por ellos, para ellos, a favor de ellos, como está ahora junto a nosotros aunque no le vean nuestros ojos. Aquellas gentes son para nosotros un permanente ejemplo, un recordatorio de que, teniendo a nuestro Dios tan cerca, es de justicia que nos sintamos felices. La cercanía del Señor reclama de sus hijos que demos testimonio de alegría, de optimismo, de seguridad, de paz. Es necesario que los demás nos noten sin temores a pesar del dolor y las contrariedades, a pesar de las dificultades habituales, o incluso extraordinarias de nuestra vida.

El estado de ánimo de un cristiano, por ser hijo de Dios, contrastará necesariamente con el de los hombres que no tienen fe o no la practican. Por tanto, si alguna vez nos sentimos tristes, reaccionaremos con prontitud: **un pensamiento sobrenatural, y ¡arriba ese corazón!** Jamás tenemos derecho a estar tristes. Nunca llevamos razón: por muchos aspectos negativos que nos sintamos forzados a contemplar, por grande que sea el sufrimiento, siempre será más cierto y más objetivo, que Dios nuestro Señor nos contempla con cariño paternal, aunque no sepamos reconocerlo. Tal vez, cuando por alguna circunstancia especial nos pese más la tristeza, sea entonces el momento de reaccionar; y estimulados quizá por ese sinsabor, abriremos los ojos del alma, hasta reconocer que el Señor pasa triunfante ante nosotros y para nosotros como siempre.

De continuo es una buena ocasión para la alegría. Aunque en nuestra vida haya penas, no deben ser jamás tan profundas como para introducirnos en una absoluta tristeza. Seríamos injustos, por no darle importancia a que Dios está junto a nosotros de continuo: siempre junto a nosotros y a nuestro favor. El Domingo de Ramos, día de alegría también en la liturgia, puede y debe ser una jornada de siempre para cada uno. Pero antes de las alabanzas, nos cuenta San Marcos un suceso muy interesante, porque de algún modo hizo posible la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Jesús encomienda a dos de sus discípulos una pequeña tarea. Deben realizar un misterioso encargo, consistente en traerle un borrico joven –en el que nadie había montado todavía– para que, a la usanza de los grandes personajes de Israel, pudiera recibir adecuadamente la aclamación del pueblo.

No sabemos quiénes fueron los dos discípulos que trajeron el borrico. Sabemos, en cambio, que Jesús confió en ellos y que tuvieron fe en Jesús: no pensaron en dificultades, a pesar de lo audaz y atrevido que pudiera parecer el encargo, sino que hicieron exactamente como Jesús les había indicado. Tal vez, a esas alturas de la vida pública del maestro y después de tantos días en su compañía, ya se habían habituado a obedecerle y a experimentar la eficacia de esa obediencia: no se les ocurría pensar que los acontecimientos fueran a desarrollarse de modo distinto a como había predicho Jesús. Lo importante, en todo caso, era hacer su voluntad, porque era la voluntad de Jesús.

De continuo descubrimos lo que Dios espera de nosotros, en las más corrientes circunstancias de nuestra jornada. Si lo pensamos con cierto detenimiento, podremos reconocer que esos modos de actuar que agradan a Dios, vienen a ser encargos que Él nos hace: nos espera de mil modos diversos, como a aquellos dos discípulos que le trajeron el asno. Como esperó y encontró siempre correspondencia en Santa María.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Cómo leer la Pasión

La liturgia de este domingo tiene su cumbre en la lectura de la narración de la Pasión del Señor. Para muchísimos cristianos (en la práctica para todos aquéllos que no participan en los ritos del Viernes Santo) es la única ocasión que tienen para escuchar, en el curso de una asamblea eucarística, esta parte del evangelio.

Algo a primera vista extraño: la liturgia insertó esta lectura en el cuadro del domingo de Ramos que se caracteriza por un clima de fiesta y de triunfo. Nuestra celebración de hoy comienza con *Hosanna* y culmina con *Crucificalo*. Sin embargo, esto no es un contrasentido, es más bien el corazón del misterio. El misterio que se quiere proclamar es el siguiente: Jesús se entregó voluntariamente a su pasión; no ha sido abatido por las fuerzas superiores a él: *Nadie me quita (la vida); yo la doy de mí mismo* (Jn. 10,18). Es él quien escrutando la voluntad del Padre comprendió que llegó su hora y la acogió con obediencia libre de hijo y con infinito amor por los hombres: *Sabiendo que ha llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn. 13,1).

Las narraciones de la Pasión están en el origen y no al final del evangelio. Las biografías de los hombres ilustres comienzan con la narración del nacimiento y terminan con la muerte. La biografía de Jesús (si se puede hablar de biografía) comenzó con la narración de la muerte y sólo más tarde llegó a la del nacimiento. Las narraciones de la pasión fueron las primeras que se formaron en la tradición y que fueron puestas por escrito, tanto que los evangelios han sido definidos: “Relatos de la Pasión precedidos de una amplia introducción” (Kaeler). El acuerdo entre los cuatro evangelistas es en esto mucho más grande que en el resto del evangelio. En cuanto a la trama esencial, el acuerdo

es hasta total. Todas las tentativas hechas a lo largo de los siglos por la crítica no creyente en este sentido han fracasado. Su descarnada simplicidad, el tono desprovisto de toda polémica, el rol mezquino que juegan en la pasión los mismos autores de los evangelios y hasta las mismas incoherencias que los evangelistas no se han preocupado de eliminar: todo concurre para dar la impresión de un testimonio objetivo y de primera mano frente al cual las reconstrucciones “críticas” modernas terminan por aparecer siempre más o menos arbitrarias.

Cuando se lee la narración de la Pasión con ojos de estudioso o de historiador, el problema fundamental es: ¿quiénes fueron los responsables de la muerte de Jesús, los judíos o los romanos? ¿Jesús murió por motivos religiosos (porque se proclamaba Mesías) o por motivos políticos (como agitador social y rebelde contra Roma)? Después de la última guerra, la tragedia del pueblo hebreo y la participación de los cristianos en las luchas de liberación hicieron que este problema empezara a apasionar a los lectores del evangelio más que cualquier otro. La investigación más equilibrada ya dio respuesta a estos interrogantes: Jesús fue condenado al mismo tiempo por los judíos y por los romanos. En su muerte se realizó una extraña coincidencia de motivos religiosos y de motivos políticos, aun cuando la responsabilidad más directa parece recaer sin duda –de acuerdo con la versión evangélica– en los dirigentes hebreos de aquel tiempo (por tanto, no en todo el pueblo hebreo de entonces, y menos aún, en las generaciones hebreas posteriores).

Sin embargo, dicho esto, uno se da cuenta de que el problema no está concluido. Y, en el fondo, ni siquiera bien propuesto. Queda por explicar por qué motivo “era necesario” que el Hijo del hombre padeciese (Lc. 24,26). El creyente busca por tanto otro responsable de la muerte de Cristo. Siente que hay un acusador implacable a sus espaldas, el cual aun antes de su arresto ya preparó a Jesús el cáliz de la pasión.

La historia de la pasión presenta extraños injertos que rompen aparentemente el hilo de la narración: la historia de la traición de Judas, la negación de Pedro, el lavatorio de las manos de Pilatos, Barrabás, los dos ladrones. Pero no son cuerpos extraños. En ellos precisamente está la explicación de todo. Estas historias expresan y simbolizan la sola gran realidad que llevó a Jesús a la cruz: *El llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz* (1 Pe. 2,24).

Jesús llevó nuestros pecados a la cruz y nuestros pecados llevaron a Jesús a la cruz: *Fue triturado por nuestras iniquidades* (Is. 53,5; 1 Pe. 2,24). A David, que furioso buscaba al responsable del delito que le fue contado por Natán, el profeta respondió: *¡Tú eres aquel hombre!* (2 Sam. 12,7). Lo mismo nos responde la palabra de Dios a nosotros que preguntamos por el responsable de la muerte de Jesús: *¡Tú eres aquel hombre!* Judas que traiciona, Pedro que niega, Pilatos que se lava las manos, la gente que se calienta con el fuego o que charla, los soldados que reparten ávidamente la vestimenta del condenado, los ladrones que mataron no están solos allí: detrás de cada uno de ellos hay muchedumbres y estamos también nosotros.

Al terminar de leer la Pasión hemos cerrado hoy el libro, pero ahora sabemos que la historia no ha terminado, continúa sucediendo. “Los acusadores de entonces están muertos –escribió un hebreo como conclusión de un apasionado libro sobre el proceso de Jesús–. Los testigos se fueron a casa. El juez dejó el tribunal. Pero el proceso de Jesús sigue todavía” (P. Winter). Para él –hebreo– el proceso de Jesús continúa en los procesos contra los judíos de todos los tiempos. También para nosotros, los cristianos, el proceso de Jesús y su pasión continúan, pero en un sentido bien distinto. En dos sentidos: se renueva en cada discípulo (y en todo hombre) que sufre y es perseguido, como Jesús, por la justicia; es renovado por cualquiera que se abandona al pecado porque prolonga el grito: *¡No a éste sino a Barrabás! ¡Crucifícalo!*

Está en nosotros cómo queremos entrar en la historia de la Pasión. Si como Cireneo que se acerca a Jesús, hombro a hombro, está silenciosa al lado de la cruz; o si queremos entrar en la pasión como Judas, Pedro, Pilatos o aquéllos que “miraron de lejos” cómo iban a terminar las cosas.

La narración de la Pasión que hemos escuchado terminó con la imagen de la piedra rodada contra la entrada del sepulcro (Mc 15,46). Nosotros, empero, sabemos que esa piedra no sirvió: Jesús resucitó y se sentó a la derecha del Padre. Sin embargo, mientras dure este mundo de dolor y de pecado, él está todavía misteriosamente en la tumba. No ha resucitado todavía del todo. “Él –escribe un autor del siglo II– está en la cárcel, está en los sepulcros y en los cepos, está en las cárceles, está en medio de las ofensas y bajo proceso; porque con los que sufren, sufre también él. (Actas de Juan). La Semana Santa debe recordarnos sobre todo esto. “De estos tres misterios (la crucifixión, la sepultura y la resurrección) nosotros cumplimos en esta vida presente aquello de lo cual es símbolo la cruz, mientras mantenemos por la fe y la esperanza aquéllas cuyo símbolo son la sepultura y la resurrección de Cristo. Ahora se dice al hombre: *Toma tu cruz y sígueme* (san Agustín, *Ep.* 55,24).

Toda nuestra vida es, en cierto sentido, una Semana Santa, si la vivimos con coraje y fe, en espera del “octavo día” que es el gran domingo del reposo y de la gloria eterna.

En este tiempo, Jesús nos repite la invitación que dirigió en el Huerto de los Olivos: *Permaneced aquí y vigilad conmigo* (Mt. 26,38).

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en el Domingo de Ramos (8-IV-1979)

– Entrada de Jesús en Jerusalén

El domingo de hoy permanece estrechamente unido con el acontecimiento que tuvo lugar cuando Jesús se acercó a Jerusalén para cumplir allí todo lo que había sido anunciado por los Profetas. Precisamente en este día los discípulos, por orden del Maestro, le llevaron un borriquillo, después de haber solicitado poder tomarlo prestado por un cierto tiempo. Y Jesús se sentó sobre él para que se cumpliese también aquel detalle de los escritos proféticos. En efecto así dice el Profeta Zacarías: “Alégrate sobre manera, hija de Sión, grita exultante, hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en un asno, en un pollino de asna” (9,9).

Entonces, también la gente que se traslada a Jerusalén con motivo de las fiestas –la gente que veía los hechos que Jesús realizaba y escuchaba sus palabras– manifestando la fe mesiánica que Él había despertado, gritaba: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de David, nuestro Padre! ¡Hosanna en las alturas!” (Mc 11,9-10).

Así, pues, en el camino de la Ciudad Santa, cerca de la entrada de Jerusalén, surge ante nosotros la escena del triunfo entusiasmante: “Muchos extendían sus mantos sobre el camino, otros cortaban follaje de los campos” (Mc 11,8).

El pueblo de Israel mira a Jesús con los ojos de la propia historia; ésta es la historia que llevaba al pueblo elegido, a través de todos los caminos de su espiritualidad, de su tradición, de su culto, precisamente hacia el Mesías. El reino de David representa el punto culminante de la prosperidad y de la gloria terrestre del pueblo, que desde los tiempos de Abraham, varias veces, había encontrado su alianza con Dios-Yahvé, pero también más de una vez la había roto.

Y ahora, ¿cerrará esta alianza de manera definitiva? ¿O acaso perderá de nuevo este hilo de la vocación, que ha marcado desde el comienzo el sentido de su historia?

– La Pasión de Cristo

Jesús entra en Jerusalén sobre un borriquillo que le habían prestado. La multitud parece estar más cercana al cumplimiento de la promesa de la que habían dependido tantas generaciones. Los gritos: “¡Hosanna!” “¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”, parecían ser expresión del encuentro ahora ya cercano de los corazones humanos con la eterna Elección. En medio de esta alegría que precede a las solemnidades pascuales, Jesús está recogido y silencioso. Es plenamente consciente de que el encuentro de los corazones humanos con la eterna elección no sucederá mediante los “hosanna”, sino mediante la cruz.

Antes que viniese a Jerusalén, acompañado por la multitud de sus paisanos, peregrinos para la fiesta de Pascua, otro lo había dado a conocer y había definido su puesto en medio de Israel. Fue precisamente Juan Bautista en el Jordán. Pero Juan, cuando vio a Jesús, al que esperaba, no gritó “hosanna”, sino que señalándolo con el dedo, dijo: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

Jesús siente el grito de la multitud el día de su entrada en Jerusalén, pero su pensamiento está fijo en las palabras de Juan junto al Jordán: “He aquí el que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29).

Hoy leemos la narración de la Pasión del Señor, según Marcos. La Iglesia no cesa de leer nuevamente la narración de la Pasión de Cristo, y desea que esta descripción permanezca en nuestra conciencia y en nuestro corazón. En esta semana estamos llamados a una solidaridad particular con Jesucristo: “Varón de dolores” (Is. 53,3).

Así, pues, junto a la figura de este Mesías, que el Israel de la Antigua Alianza esperaba y, más aún, que parecía haber alcanzado ya con la propia fe en el momento de la entrada en Jerusalén, la liturgia de hoy nos presenta al mismo tiempo otra figura. La descrita por los Profetas, de modo particular por Isaías: “He dado mis espaldas a los que me herían... sabiendo que no sería confundido” (Is 50,6-7).

– Obediencia hasta la muerte

Cristo viene a Jerusalén para que se cumplan en Él estas palabras, para realizar la figura de “Siervo de Yahvé”, mediante la cual el Profeta, ocho siglos antes, había revelado la intención de Dios. El “Siervo de Yahvé”: el Mesías, el descendiente de David, en quien se cumple el “hosanna” del pueblo, pero el que es sometido a la más terrible prueba: “Búrlanse de mí cuantos me ven..., líbrele, sálvele, pues dice que le es grato” (Sal 21,8-9).

En cambio, no mediante la “liberación” del oprobio sino precisamente mediante la obediencia hasta la muerte, mediante la cruz, debía realizarse el designio eterno del amor.

Y he aquí que habla ahora no ya el Profeta, sino el Apóstol, habla Pablo, en quien “la palabra de la cruz” ha encontrado un camino particular. Pablo, consciente del misterio de la redención, da testimonio de quien “existiendo en forma de Dios... se anonadó, tomando la forma de siervo..., se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2,6-8).

He aquí la verdadera figura del Mesías, del Ungido, del Hijo de Dios, del Siervo de Yahvé. Jesús, con esta figura, entraba en Jerusalén cuando los peregrinos que lo acompañaban por el camino cantaban: “Hosanna”. Y extendían sus mantos y los ramos de los árboles en el camino por el que pasaba.

Y nosotros hoy llevamos en nuestras manos los ramos de olivo. Sabemos que después estos ramos se secarán. Con su ceniza cubriremos nuestras cabezas el próximo año, para recordar que el Hijo de Dios, hecho hombre, aceptó la muerte humana para merecernos la Vida.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

Cualquier episodio de la vida de Jesús es de una profundidad insondable, infinita, y lo que observamos en una primera mirada es tan sólo la superficie de algo que comienza y termina en la eternidad. Con todo, la mente y el corazón se quedan perplejos al ver padecer de forma tan cruel y humillante a Aquel por quien fueron creados los ángeles, los hombres, los cielos y la tierra.

En estos días solemnes de la Semana Santa, la Iglesia nos invita a considerar los sufrimientos del Señor: el prendimiento en la noche, la traición de uno de los suyos, los golpes e insultos, los testigos falsos y el juicio clandestino, la tortura de la flagelación, la lenta marcha hacia el calvario, la muerte en las afueras de la ciudad como si fuera un criminal. Pero si el dolor físico fue grande, el de su alma roza el misterio cuando escuchamos esa pregunta dirigida al Padre: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Los evangelistas nos cuentan con escueta sobriedad la entrega sin resistencia de Jesús al tormento y al ridículo, pero eso no impide que intuyamos el abismo de su dolor. Jesús toma sobre sí, por amor al Padre y a nosotros, el castigo que habían merecido por sus pecados todos los hombres de todos los tiempos: “Él es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1 Jn 2,2).

¡Qué angustia probaría Jesús cuando se viera cubierto por lo que de más odioso y horrible cometió y cometerá hasta el fin de los tiempos la criatura humana! La arrogancia, la incredulidad, la rebeldía, la fiebre de la concupiscencia, las pasiones descontroladas, la obstinación del orgullo que han originado y originarán todavía tantas guerras inhumanas. La rapiña, tan vieja como la humanidad, que vende y explota a tantos inocentes. Esa ceguera humana que elimina a incontables seres humanos antes de nacer, o que mueren sin saber por qué víctimas del hambre y la miseria. Todos estos pecados están ahora ante Él, sobre Él. S. Pablo dirá: “Al que no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros” (2 Cor 5,21). Jesús se dirige a su Padre-Dios en la Cruz como el criminal y no la víctima. El sufrimiento humano ha alcanzado aquí su límite porque el Padre “cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros” (Is 53,6). Este horrible peso que Cristo percibe como nadie por su unión esencial con el Padre –entre el Tres veces Santo y el pecado hay un abismo infranqueable– le lleva a decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

El dolor de Cristo en su Pasión es un misterio absoluto para nosotros. El misterio de un amor que no es de este mundo y que debe hacer brotar en nosotros el más sentido agradecimiento, un sincero dolor por nuestras ofensas y olvidos, y un amor afectivo y efectivo a quien nos ha amado tanto que no se detuvo ante una muerte tan atroz y misteriosa.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Lo aclamamos como Rey porque entrega su vida como Siervo”

Is 50,4-7: “No me tapé el rostro ante los ultrajes, sabiendo que no quedaré defraudado”

Sal 21,8-9.17-18a.19-20.23-24: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”

Flp 2,6-11: “Se rebajó, por eso Dios lo levantó sobre todo”

Mc 14,1-15,47: “Era media mañana cuando lo crucificaron”

El profeta destaca del Siervo la perfecta docilidad y entrega a la voluntad de Dios, y cómo todo eso se revela como proyecto de Dios. El Siervo resiste, pese a todo, porque sabe que el Señor está a su lado.

En la 2ª. lectura, el apóstol sigue pensando en el Siervo entregado y enaltecido, doliente y glorioso, olvidado y exaltado.

El silencio de Cristo y su soledad son los dos detalles más señalados en el evangelio de san Marcos. Es el relato que menos palabras recoge de Jesús. El abandono de Jesús es total: los discípulos huyen; Pedro le sigue de lejos; y se siente dejado por el Padre...

La eficacia es hoy uno de los objetivos prioritarios. Y en función de ella se acometen muchos proyectos. Desde esta mentalidad la Cruz aparece como un fracaso y un escándalo. En otro tiempo la cruz se contraponía a la especulación y racionalidad griegas o al empirismo hebreo. Para quienes apuestan por la eficacia y la gloria hoy sigue siendo escandalosa.

“La entrada de Jesús en Jerusalén manifiesta la venida del Reino que el Rey-Mesías llevará a cabo mediante la Pascua de su Muerte y de su Resurrección. Con su celebración, el domingo de Ramos, la liturgia de la Iglesia abre la Semana Santa” (560; cf. 559. 570).

— El Siervo entregado por nosotros:

“Este designio divino de salvación a través de la muerte del «Siervo», el Justo” (Is 53,11) había sido anunciado antes en la Escritura como un misterio de redención universal, es decir, de rescate que libera a los hombres de la esclavitud del pecado. La muerte redentora de Jesús cumple, en particular, la profecía del Siervo doliente. Jesús mismo presentó el sentido de su vida y de su muerte a la luz del Siervo doliente.” (601).

— El Sacrificio de Cristo, fundamento del perdón de los pecados:

“En la Pasión, la misericordia de Cristo vence al pecado. En ella, es donde éste manifiesta mejor su violencia y su multiplicidad: incredulidad, rechazo y burlas por parte de los jefes y del pueblo, debilidad de Pilato y crueldad de los soldados, traición de Judas tan dura a Jesús, negaciones de Pedro y abandono de los discípulos. Sin embargo, en la hora misma de las tinieblas y del príncipe de este mundo, el sacrificio de Cristo se convierte secretamente en la fuente de la que brotará inagotable el perdón de nuestros pecados” (1851; cf. 1992).

— “Fuera de la cruz no hay otra escala por donde subir al cielo” (Santa Rosa de Lima, vida) (618).

— “Y la Iglesia venera la Cruz cantando: «O crux, ave, spes unica»” («Salve, oh cruz, única esperanza»). (Himno «Vexilla Regis») (617).

Entre un “Hosanna” y un “Aleluya” transcurre la Semana Mayor. El primero por el Rey que llega para triunfar muriendo; el segundo, por el Rey que ha triunfado resucitando”.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Entrada triunfal en Jerusalén.

– **Entrada solemne, y a la vez sencilla, en Jerusalén. Jesús da cumplimiento a las antiguas profecías.**

I. “Venid, y al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres”¹.

Jesús sale muy de mañana de Betania. Allí, desde la tarde anterior, se habían congregado muchos fervientes discípulos suyos; unos eran paisanos de Galilea, llegados en peregrinación para celebrar la Pascua; otros eran habitantes de Jerusalén, convencidos por el reciente milagro de la resurrección de Lázaro. Acompañado de esta numerosa comitiva, junto a otros que se le van sumando en el camino, Jesús toma una vez más el viejo camino de Jericó a Jerusalén, hacia la pequeña cumbre del monte de los Olivos.

Las circunstancias se presentaban propicias para un gran recibimiento, pues era costumbre que las gentes saliesen al encuentro de los más importantes grupos de peregrinos para entrar en la ciudad entre cantos y manifestaciones de alegría. El Señor no manifestó ninguna oposición a los preparativos de esta entrada jubilosa. Él mismo elige la cabalgadura: un sencillo asno que manda traer de Betfagé, aldea muy cercana a Jerusalén. El asno había sido en Palestina la cabalgadura de personajes notables ya desde el tiempo de Balaán².

El cortejo se organizó enseguida. Algunos extendieron su manto sobre la grupa del animal y ayudaron a Jesús a subir encima; otros, adelantándose, tendían sus mantos en el suelo para que el borrico pasase sobre ellos como sobre un tapiz, y muchos otros corrían por el camino a medida que adelantaba el cortejo hacia la ciudad, esparciendo ramas verdes a lo largo del trayecto y agitando ramos de olivo y de palma arrancados de los árboles de las inmediaciones. Y, al acercarse a la ciudad, *ya en la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los que bajaban, llena de alegría, comenzó a alabar a Dios en alta voz por todos los prodigios que había visto, diciendo: ¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! ¡Paz en el Cielo y gloria en las alturas!*³.

Jesús hace su entrada en Jerusalén como Mesías en un borrico, como había sido profetizado muchos siglos antes⁴. Y los cantos del pueblo son claramente mesiánicos. Esta gente llana –y sobre todo los fariseos– conocían bien estas profecías, y se manifiesta llena de júbilo. Jesús admite el homenaje, y a los fariseos que intentan apagar aquellas manifestaciones de fe y de alegría, el Señor les dice: *Os digo que si éstos callan gritarán las piedras*⁵.

Con todo, el triunfo de Jesús es un triunfo sencillo, *se contenta con un pobre animal, por trono. No sé a vosotros; pero a mí no me humilla reconocerme, a los ojos del Señor, como un jumento: como un borriquito soy yo delante de ti; pero estaré siempre a tu lado, porque tú me has tomado de tu diestra (Sal 72, 2324), tú me llevas por el ronza!*⁶.

Jesús quiere también entrar hoy triunfante en la vida de los hombres sobre una cabalgadura humilde: quiere que demos testimonio de Él, en la sencillez de nuestro trabajo bien hecho, con nuestra alegría, con nuestra serenidad, con nuestra sincera preocupación por los demás. Quiere hacerse presente en nosotros a través de las circunstancias del vivir humano. También nosotros

¹ SAN ANDRÉS DE CRETA, *Sermón 9 sobre el Domingo de Ramos*.

² Cfr. Num 22, 21 ss.

³ Lc 19, 37-38.

⁴ Zac 9, 9.

⁵ Lc 19, 39.

⁶ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 181.

podemos decirle en el día de hoy: *Ut iumentum factus sum apud te... Como un borriquito estoy delante de Ti. Pero Tú estás siempre conmigo, me has tomado por el ronzal, me has hecho cumplir tu voluntad; et cum gloria suscepisti me, y después me darás un abrazo muy fuerte*⁷. *Ut iumentum...* como un borrico soy ante Ti, Señor..., como un borrico de carga, y siempre estaré contigo. Nos puede servir de jaculatoria para el día de hoy.

El Señor ha entrado triunfante en Jerusalén. Pocos días más tarde, en esa ciudad, será clavado en una cruz.

– **El Señor llora sobre la ciudad. Correspondencia a la gracia.**

II. El cortejo triunfal de Jesús había rebasado la cima del monte de los Olivos y descendía por la vertiente occidental dirigiéndose al Templo, que desde allí se dominaba. Toda la ciudad aparecía ante la vista de Jesús. Al contemplar aquel panorama, Jesús lloró⁸.

Aquel llanto, entre tantos gritos alegres y en tan solemne entrada, debió de resultar completamente inesperado. Los discípulos estaban desconcertados viendo a Jesús. Tanta alegría se había roto de golpe, en un momento.

Jesús mira cómo Jerusalén se hunde en el pecado, en su ignorancia y en su ceguera: *¡Ay si conocieras, por lo menos en este día que se te ha dado, lo que puede traerte la paz! Pero ahora todo está oculto a tus ojos*⁹. Ve el Señor cómo sobre ella caerán otros días que ya no serán como éste, día de alegría y de salvación, sino de desdicha y de ruina. Pocos años más tarde, la ciudad sería arrasada. Jesús llora la impenitencia de Jerusalén. ¡Qué elocuentes son estas lágrimas de Cristo! Lleno de misericordia, se compadece de esta ciudad que le rechaza.

Nada quedó por intentar: ni en milagros, ni en obras, ni en palabras; con tono de severidad unas veces, indulgente otras... Jesús lo ha intentado todo con todos: en la ciudad y en el campo, con gentes sencillas y con sabios doctores, en Galilea y en Judea... También ahora, y en cada época, Jesús entrega la riqueza de su gracia a cada hombre, porque su voluntad es siempre salvadora.

En nuestra vida, tampoco ha quedado nada por intentar, ningún remedio por poner. ¡Tantas veces Jesús se ha hecho el contradicho con nosotros! ¡Tantas gracias ordinarias y extraordinarias ha derramado sobre nuestra vida! “El mismo Hijo de Dios se unió, en cierto modo, con cada hombre por su encarnación. Con manos humanas trabajó, con mente humana pensó, con voluntad humana obró, con corazón de hombre amó. Nacido de María Virgen se hizo de verdad uno de nosotros, igual que nosotros en todo menos en el pecado. Cordero inocente, mereció para nosotros la vida derramando libremente su sangre, y en Él el mismo Dios nos reconcilió consigo y entre nosotros mismos y nos arrancó de la esclavitud del diablo y del pecado, y así cada uno de nosotros puede decir con el Apóstol: *el Hijo de Dios me amó y se entregó por mí* (Gal 2, 20)”¹⁰.

La historia de cada hombre es la historia de la continua solicitud de Dios sobre él. Cada hombre es objeto de la predilección del Señor. Jesús lo intentó todo con Jerusalén, y la ciudad no quiso abrir las puertas a la misericordia. Es el misterio profundo de la libertad humana, que tiene la triste posibilidad de rechazar la gracia divina. **Hombre libre, sujétate a voluntaria servidumbre para**

⁷ IDEM, citado por A. VAZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid 1983, p. 124.

⁸ Lc 19, 41.

⁹ Lc 19, 42.

¹⁰ CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 22.

que Jesús no tenga que decir por ti aquello que cuentan que dijo por otros a la Madre Teresa: “Teresa, yo quise... Pero los hombres no han querido”¹¹.

¿Cómo estamos respondiendo nosotros a los innumerables requerimientos del Espíritu Santo para que seamos santos en medio de nuestras tareas, en nuestro ambiente? Cada día, ¿cuántas veces decimos *sí* a Dios y *no* al egoísmo, a la pereza, a todo lo que significa desamor, aunque sea pequeño?

– Alegría y dolor en este día: coherencia para seguir a Cristo hasta la Cruz.

III. Al entrar el Señor en la ciudad santa, los niños hebreos profetizaban la resurrección de Cristo, proclamando con ramos de palmas: “Hosanna en el cielo”¹².

Nosotros conocemos ahora que aquella entrada triunfal fue, para muchos, muy efímera. Los ramos verdes se marchitaron pronto. El *hosanna* entusiasta se transformó cinco días más tarde en un grito enfurecido: *¡Crucifícale!* ¿Por qué tan brusca mudanza, por qué tanta inconsistencia? Para entender algo quizá tengamos que consultar nuestro propio corazón.

“¿Qué diferentes voces eran –comenta San Bernardo–: *quita, quita, crucifícale y bendito sea el que viene en nombre del Señor, hosanna en las alturas!* ¿Qué diferentes voces son llamarle ahora *Rey de Israel*, y de ahí a pocos días: *no tenemos más rey que el César!* ¿Qué diferentes son los ramos verdes y la cruz, las flores y las espinas! A quien antes tendían por alfombra los vestidos propios, de allí a poco le desnudan de los suyos y echan suertes sobre ellos”¹³.

La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén pide a cada uno de nosotros coherencia y perseverancia, ahondar en nuestra fidelidad, para que nuestros propósitos no sean luces que brillan momentáneamente y pronto se apagan. En el fondo de nuestros corazones hay profundos contrastes: somos capaces de lo mejor y de lo peor. Si queremos tener la vida divina, triunfar con Cristo, hemos de ser constantes y hacer morir por la penitencia lo que nos aparta de Dios y nos impide acompañar al Señor hasta la Cruz.

***La liturgia del Domingo de Ramos pone en boca de los cristianos este cántico: levantad, puertas, vuestros dinteles; levantaos, puertas antiguas, para que entre el Rey de la gloria (Antífona de la distribución de los ramos). El que se queda recluso en la ciudadela del propio egoísmo no descenderá al campo de batalla. Sin embargo, si levanta las puertas de la fortaleza y permite que entre el Rey de la paz, saldrá con Él a combatir contra toda esa miseria que empaña los ojos e insensibiliza la conciencia*¹⁴.**

María también está en Jerusalén, cerca de su Hijo, para celebrar la Pascua. La última Pascua judía y la primera Pascua en la que su Hijo es el Sacerdote y la Víctima. No nos separemos de Ella. Nuestra Señora nos enseñará a ser constantes, a luchar en lo pequeño, a crecer continuamente en el amor a Jesús. Contemplemos la Pasión, la Muerte y la Resurrección de su Hijo junto a Ella. No encontraremos un lugar más privilegiado.

Rev. D. Fidel CATALAN i Catalan (Terrassa, Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

«Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios»

¹¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, n. 761.

¹² Himno a Cristo Rey. *Liturgia del Domingo de Ramos*.

¹³ SAN BERNARDO, *Sermón en el Domingo de Ramos*, 2, 4.

¹⁴ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 82.

Hoy, en la Liturgia de la palabra leemos la pasión del Señor según san Marcos y escuchamos un testimonio que nos deja sobrecogidos: «Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios» (Mc 15,39). El evangelista tiene mucho cuidado en poner estas palabras en labios de un centurión romano, que atónito, había asistido a una más de entre tantas ejecuciones que le debería tocar presenciar en función de su estancia en un país extranjero y sometido.

No debe ser fácil preguntarse qué debió ver en Aquel rostro –a duras penas humano– como para emitir semejante expresión. De una manera u otra debió descubrir un rostro inocente, alguien abandonado y quizá traicionado, a merced de intereses particulares; o quizá alguien que era objeto de una injusticia en medio de una sociedad no muy justa; alguien que calla, soporta e, incluso, misteriosamente acepta todo lo que se le está viniendo encima. Quizá, incluso, podría llegar a sentirse colaborando en una injusticia ante la cual él no mueve ni un dedo por impedirlo, como tantos otros se lavan las manos ante los problemas de los demás.

La imagen de aquel centurión romano es la imagen de la Humanidad que contempla. Es, al mismo tiempo, la profesión de fe de un pagano. Jesús muere solo, inocente, golpeado, abandonado y confiado a la vez, con un sentido profundo de su misión, con los “restos de amor” que los golpes le han dejado en su cuerpo.

Pero antes –en su entrada en Jerusalén– le han aclamado como Aquel que viene en nombre del Señor (cf. Mc 11,9). Nuestra aclamación este año no es de expectación, ilusionada y sin conocimiento, como la de aquellos habitantes de Jerusalén. Nuestra aclamación se dirige a Aquel que ya ha pasado por el trago de la donación total y del que ha salido victorioso. En fin, «nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia» (San Andrés de Creta).
